



SER

SIEMPRE

TODAVÍA

LEOPOLDO

MÁRQUEZ

**Una novela filosófica sobre la lucha de las palabras
por aparecer y el riesgo de callar para siempre**

 *leotagoras.org@gmail.com*

 *www.leotagoras.org*

 *@leotagoras.filo*

© *Leopoldo Márquez, 2015.*

INDICE

I. EL DESPERTAR DEL MENSAJERO.....	5
1. Introducción: quiero ser escritor	5
2. Sentenciarnos	14
3. Escribir una historia.....	22
4. El <i>flow</i>	31
5. El despertar del mensajero.....	46
6. La maciza, compacta y consistente infra- estructura de la mancha en el papel	55
II. VIGILANTE EN EL SUEÑO	62
7. La compañía de los despiertos	62
8. El artista perfecto	75
9. El dolor de la alienación	92
10. Vigilante en el sueño.....	104
11. Las cosas que sienten los despiertos.....	111
12. ¡NO!	126

III. UN SER SIEMPRE TODAVÍA.....	141
13. El goce de la alienación.....	141
14. Adormecido en su jaula	155
15. El oráculo	166
16. Sonambulismo	178
17. El vagón de la muerte	193
EPÍLOGO.....	203

I. EL DESPERTAR DEL MENSAJERO

1. Introducción: quiero ser escritor

Gregorio se mordía los labios y temblaba nervioso por lo que iba a decir. Su padre leía las noticias en un portal de internet mientras tomaba, absorto y despeinado, una taza de café dominical.

–Oye papá, quiero decirte algo.

–Ajá... -replicó el padre.

–¿Sabes?, –continúo tímido- cuando era niño, trajiste una vieja máquina de escribir que conseguiste en una venta de garaje...

–La dañaste –le recriminó el papá con expresión de hastío, pero sin dejar de mirar el monitor.

–No, no, ¡para nada! Es que jugaba con ella a ser escritor.

–Te dije que no jugaras con la máquina.

–Pero, ¡no la dañé! Es sólo que te quería decir que... que siento que...

El padre apartó los ojos del computador y los concentró inquisitivo en el muchacho.

–Quiero ser escritor.

–¿No querías ser músico?

–Ya, pero...

–¿Y antes de eso no querías ser pintor, artista algo de eso?

–Sí, pero...

–¿Y la enciclopedia que te compré cuando te pagué el curso de las estrellas? ¿No ibas a ser astronauta?

–¡Astrónomo, papá! ¡Cómo vas a decir astronauta!

–Astrólogo, da lo mismo, no terminas nada de lo que empiezas, te pareces a tu mamá, y ahora vienes con esto, *no sabes en qué palo ahorcarte.*

Gregorio se fue derrotado a su pieza. Herido, reposaba en su cama pensando:

–¿Cómo voy a ser músico, si cada vez que intento practicar, me mandan a callar? ¿Cómo voy a ser astrónomo, si esta ciudad no tiene vista al cielo? ¿Cómo voy a ser artista, si me sacaron de las clases de dibujo y nunca aprendí a dibujar? –Y al pensar estas cosas, en su mente aparecía un árbol seco con una horca mecida por el viento.

El padre apareció un rato después en la habitación del hijo. Llevaba otro café en la mano.

–¿Sabes lo que cuesta la universidad? Tengo años trabajando y reuniendo dinero para que vayas a la universidad, pero no a estudiar arte o filosofía, por una razón muy sencilla: no vale la pena la inversión.

–Entonces no iré a la universidad.

–¿Quién en su sano juicio desprecia tal regalo? Allá conocerás a otros jóvenes, te enamorarás y le tomarás cariño a cualquier ingeniería que escojas... o derecho... terminarás por acostumbrarte.

–Pero...

–Y si no te acostumbras... te gradúas, trabajas, te haces una vida y luego te dedicas a escribir sobre tu frustrada juventud y tu padre castrante. ¿Qué te parece?

–Me parece cruel cortarle las alas a un pájaro para luego decirle “¡vuela!”.

–No te estoy cortando las alas, te estoy dando de qué vivir...

–A cambio de mi juventud...

–Vas a perder tu juventud y el resto de tu vida si insistes en ese capricho infantil de ser artista o cualquier cosa que contradiga a tu padre. Madurarás en un ambiente propicio como la facultad de ingeniería

o derecho. Allí te convertirás en escritor o en ingeniero o en abogado. ¿Está claro?

—¿Por qué no te regocijas, padre, de haber dado a luz a un artista? ¿Por qué no das gracia a los dioses que han bendecido tu casta con la estirpe de la luz?

—Primero, yo no te di a luz, soy hombre. Luego, soy católico, no creo en los dioses y, por último, utilizaste dos veces la palabra “luz”, lo que no suena muy bien. Así que como poeta vas mal— y diciendo esto se retiró victorioso.

Pero Gregorio lo siguió de vuelta a la cocina para encararlo.

—¿Sabes que todas las historias de los sabios comienzan así, yendo contra la voluntad de su padre que no los deja tomar el camino que las musas han dispuesto?

—¿Musas? Pensé que comenzaban con una idea, un escrito, una obra. ¿Con qué me vas a derrotar? ¿Ya escribiste algo?

–Si tuviese algo escrito, sería un escritor; quiero ser un escritor porque no lo soy ¡No sé por qué te tengo que explicar algo tan obvio!

–Si tienes un talento, demuéstalo, escribe. No puedo impedir que escribas, hazlo, conviértete en escritor. Te bendigo, hijo, adelante.

–¿No podías haber dicho eso desde un principio?

–Se te pasará, Gregorio, como se te han pasado todas las otras cosas –replicó con tono grave y, con esa misma voz de ultratumba, continuó sentenciando- *Terminarás trabajando para una empresa respetable, con una jornada completa de nueve horas diarias más las horas extras que no te pagarán, además del tiempo que te tome desplazarte, y en la oficina se te pasarán los días lento, navegando aburrido con el internet bloqueado, odiando a tu jefe, con dolor de espalda y carente de sueños...*

–¡Ay! ¡Ya déjame en paz! Creo que he tenido suficiente en la escuela.

Al ver que el hijo se estaba yendo, el padre apuntó:

–¡Tienes un año! Si en un año no has escrito algo que valga la pena, me das a mí una oportunidad que ya yo te he dado varias ¿entendido? –y luego de un par de segundos de silencio repitió con voz estruendosa–
¿Entendido!

–¡Sí! ¡Cielos! – vociferó Gregorio desde su habitación.

“Con esto comenzaré” –pensaba Gregorio– “Escribiré una historia de un joven que quiere ser escritor, pero su padre no lo deja. Comenzará con un diálogo entre el hijo y el padre, al final, el padre le dirá que tiene un año para demostrarle que tiene talento de escritor, pero que, si no lo logra, entonces irá a la universidad a estudiar ingeniería y pasará la vida entera en una oficina como funcionario, odiando a su jefe y con dolor de espalda. Sí, esa parece una buena historia. Será *un cuento sobre escribir un cuento, de la lucha de las*

palabras por aparecer y el riesgo de callar para siempre”.

Justo al terminar de escribir esto, llegó su padre del trabajo el lunes por la noche. Con algo de sarcasmo le preguntó:

–¿Cómo va tu libro, hijo?

Y él, furioso, agitaba los papeles donde había escrito estos primeros párrafos y vociferaba:

–¡Sí! ¡Aquí está! ¡Grandioso!

–Sabes que por cada error ortográfico bajo un punto, ¿no?

–¡Déjame en paz!

Gregorio pasó todo el día siguiente con la mente en blanco. “¿Qué más puedo escribir? Puedo escribir que tengo la mente en blanco, pero en tercera persona, no quiero que la gente piense que de verdad tengo la mente en blanco. Un libro debe parecer planeado,

como que todo estaba pensado, cada pieza concebida en su lugar: un todo majestuoso. ¿O no es así? Quizá sea más una aventura, se crea el ambiente propicio y los dedos hacen su danza, ellos saben su tango. Así también debe escribir el escritor, sabe su oficio, va poniendo unas palabras detrás de las otras. Por eso hablan de una musa que le dicta al oído... aunque no escucho ninguna musa, sólo es mi propia voz que deambula”.

De esta manera, prosiguió Gregorio el martes, dejando que sus dedos escribieran por él. Sentía que iba bien encaminado, porque ya había alcanzado la página 13 y pasaba las mil palabras.

2. Sentenciarnos

Gregorio pensaba en lo que había escrito. “Lo diálogos ocupan mucho espacio” se decía “y son más fáciles de escribir... necesito dialogar con alguien”. Entonces, su madre se detuvo en la puerta de la habitación y le dijo:

–Gregorio, ¿recuerdas a José Luis?

–Sí, ¿qué pasó? ¿Se murió?

–¡Ay, Gregorio, por favor! ¡Cómo vas a decir eso!

–¡Ay ya, mamá!

–El hijo de él, Raúl, estudio letras o filosofía, algo así, ¿por qué no lo visitas?

El joven se levantó animado.

–Justo lo que necesitaba, mamá, ¡gracias!

Abrazó a su madre quien dejó escapar un suspiro y entornó la mirada.

Escribió un correo a Raúl y quedaron en verse.

–¿Cómo ha estado todo, Gregorio? ¡Vaya que has crecido!

–Muy bien.

–Por lo que me dices en tu correo, quieres estudiar letras....

–Eh... pues, más bien quiero ser escritor...

–¿No piensas estudiar en la universidad?

–¿En la universidad te enseñan a ser escritor?

Raúl dudó por un momento y luego preguntó:

–¿Cómo es eso que quieres ser escritor?

–¿No estudiaste literatura, Raúl?

–Sí, y también comunicación social. Redacto para una revista, soy corrector y también trabajo para una editorial como lector encargado de los nuevos trabajos que llegan, para evaluar su calidad...

–Ya ves, no eres escritor...

A Raúl no le cayó muy bien el comentario.

–¿Y tú has escrito algo?

–¡Pero cómo! Estás como mi papá, quiero ser escritor porque no lo soy, si tuviera algo escrito, ¡ya lo sería!

–Pero eres libre de hacerlo, ¿qué te lo impide?... Bueno, no es tan fácil –antes de que Gregorio respondiera algo continuó –yo tengo que trabajar, tengo un hijo y mi mujer quiere otro, tú tienes tiempo libre, ocúpalo en ello, escribe y así te convertirás en escritor, ¡listo!

–Sí, entiendo que está el teclado y las palabras... Pero creo que me hace falta algo más... quizá cierta instrucción... Quizá la universidad sea buena, pero no tengo tiempo, si de aquí a abril no tengo algo escrito soy hombre muerto.

Raúl se rio a carcajadas.

–No me da risa... soy un hombre desesperado, Raúl, debo convertirme en escritor en pocos meses *o me*

perderé para siempre... –y estas últimas palabras resonaron con un extraño eco.

El hombre pidió la cuenta con una sonrisa incómoda mientras decía a Gregorio:

–Yo también tenía esos sueños adolescentes de ser una estrella de la literatura y estar rodeado de seguidores y que me respetaran y admiraran, pero te puedo asegurar, Gregorio, que los grandes hombres de letras no se desesperaron por ser escritores, simplemente lo fueron. Ya se te pasará, eres muy joven y te darás cuenta de que la vida es, por un lado, más complicada, pero, por otro, más sencilla. Yo escribo una paginita a la semana para una revista dominical, hago correcciones y esas cosas y con eso gano lo mismo que gana algún funcionario de medio rango, no me quejo. Hace falta conocer el lenguaje, el oficio y sobre todo tener los contactos y entrar en el medio. Compláce a tu papá, estudia comunicación social o derecho y paralelo a ello vas haciendo tu carrera de letras, aprenderás muchas cosas y vivirás experiencias...

–¿Y qué hago en los próximos once meses?

–Escribe un diario y lee mucho.

–Un diario, eh... ¿Y qué voy a escribir en un diario?

–Lo que piensas y sientes...

–Algo así como “querido diario, hoy papá y mamá se pelearon de nuevo”, ¿así?

–Tienes problemas en casa, Gregorio, ¿es eso? – preguntó Raúl en tono amable.

–¡Bah! ¡Por favor!

–Puedes hablar conmigo...

–Claro que tengo problemas, Raúl, debo escribir algo valioso en once meses. ¡Escribir un diario es de niñas! Es puro sentimentalismo y falta de atención... ¡Como un blog!

–También puedes escribir un blog.

–No, Raúl. No es eso lo que quiero, no quiero escribir cualquier cosa como un libro de recetas o una reseña

de una película, un post de un blog o una noticia para un diario. Quiero hacer lo que hacen los verdaderos escritores: Quiero que la musa me hable y quiero hablar a través de ella como un oráculo.

Raúl se echó a reír, pero también se le notaba un poco ofendido.

–Creo que estás confundiendo cosas... eres un joven muy ambicioso, por lo visto.

–¿Ahora entiendes lo que quiero?

–Pues... creo que sí.

–¿Y cómo me podrías ayudar?

–No, yo no te puedo ayudar. Para serte sincero, creo que estás perdiendo tu tiempo, las cosas no son así. La gente no tiene sueños de ser escritor y aprende a serlo porque alguien te enseña un truco y luego por arte de magia eres el nuevo Shakespeare alabado como un artista eterno. Eso es una idealización romántica. Con suerte puedes escribir un blog en tu tiempo libre

mientras te ganas la vida de otra forma y te endeudas, te endeudas mucho, tú no sabes de eso, pero *te endeudarás* porque así es el sistema. Además, con esa actitud que tienes, te va a ir mal, no vas a conseguir pareja ni empleo si sigues con esa actitud. Estás a tiempo, no hagas perder la paciencia a tu padre que te está abriendo las puertas de una vida digna, un gesto que la gran mayoría de los jóvenes en este país sabrían apreciar. Las cosas son más complicadas y a la vez más sencillas, Gregorio. Yo los vi en la universidad, yo conocí a estos “genios” así como tú. Todo el proceso es penoso, es dar una gran vuelta en círculo, y lo que sucede es que *entras a la adultez de espalda y todos los demás que sí entraron de frente se burlarán de ti, te tomarán por un fracaso, un desadaptado*. No lo digo por mala onda, es la verdad, es mi vida también un poco, te estoy hablando con el corazón en la mano. ¿Me entiendes?

–Te lo agradezco.

–¿Cómo te fue con Raúl, hijo? –le preguntó la madre.

–Bien... bueno, más o menos, apenas seis páginas y un poco más, pero es mejor que nada, ya voy por la 21.

–¡Qué bueno, hijo! Me alegra.

Gregorio se acostó en su cama posando la mirada en un afiche de *Youthanasia* que tenía pegado en el armario. Era la imagen de una anciana tendiendo ropa en una pradera, sólo que en lugar de trapos eran bebés los que colgaban. Pero no había un sol radiante que secara a los recién lavados; el cielo ensombrecido anunciaba una tormenta que arruinaría la colada. Pensando en las palabras de Raúl se preguntó: “¿Por qué se empeñarán los demás en sentenciarlos? Si Raúl no es escritor, ¿por qué sabe que yo no puedo llegar a serlo? ¿Y por qué ese afán de los demás en anunciarme que me quedaré solo?”.

3. Escribir una historia

Pasados tres meses, Gregorio sólo tenía unas 20 páginas escritas con un par de diálogos que no lo llevaban en ninguna dirección. Estaba estancado. “Esto no es una historia. Tiene un comienzo, muy bien, y también tendrá un final, dentro de unos meses, mal que bien –se decía desesperado tomándose de los cabellos-, pero no tengo nada qué desarrollar, no tengo el rollo, el meollo, el relleno... ¡Rayos! ¿Cómo hace esta gente para escribir un libraco de 700 páginas! ¡Ni qué decir de las trilogías, que están de moda! ¿De dónde sacan todas esas palabras, las escenas, las descripciones y situaciones, los giros y las sorpresas? ¡Joder, hay una telenovela que tiene más de cinco años trasmitiéndose! ¿Qué tantas cosas pueden producirse? ¿Y por qué yo no tengo ni una pizca de eso?”.

Gregorio supo a quién culpar.

–Mamá, ¿por qué no me dejaste ver telenovelas?

La madre estaba en la cocina, haciendo la faena.

–¿Todavía con eso, Gregorio? Ya estás grande...

–Pero sólo dime, ¿por qué? –interrogó con voz aguda, como un ruego.

–Eso no es bueno.

–Pero tú las veías en secreto, incluso mi papá y tú se encerraban en la noche, no precisamente a tener sexo, sino a ver la telenovela de las 10 y Andrés me cuenta que tú los dejaste ver novelas a él y a Jesús. ¿Por qué a mí no me dejaste?

La madre suspiró.

–¿Eso qué importa, hijo?

–¡Qué importa? Ahora quiero ser escritor y no se me ocurre ninguna idea de historia alguna, ni entiendo de qué va lo de los personajes, ni lo de un comienzo y un final y creo que si hubiese visto telenovelas sería más fácil para mí...

–Velas, ya eres grande, eres libre...

–No soy libre, no puedo, me parecen insoportables...

–¿Y entonces?

–Claro, me parecen insoportables porque no me acostumbre a verlas y no sólo soy un escritor frustrado por eso, ino! –se corrigió- quizá soy un hombre frustrado por eso. No puedo entender a las personas porque no vi telenovelas y así es que no puedo entender por qué desean lo que desean y aman de la forma que lo hacen... no sabes lo que hiciste, madre...

Su madre ya algo fastidiada se sentó en la mesa de la cocina frente a él y aclaró:

–Por eso no te dejé ver telenovelas.

–¿Qué?

–Por eso, siempre fuiste melodramático... y yo pensaba, oh no, que Goyito no vea esto, se va a poner terrible... por eso te lo prohibí.

El joven en lugar de molestarse se emocionó. Cambiando de voz dijo:

–Mamá, dime, cuando nací, o más bien la noche en la que fui concebido, ¿no recibiste la visita de un... ser superior, o tuviste un sueño, una visión...?

–No –respondió la mamá con una media sonrisa en los labios, como una mueca, pero al ver que el crío se oscurecía le dijo:

–Tú eres especial.

–Seguro que se lo dijiste a Jesús y Andrés también...

–Y... sí, puede ser, pero es cierto que eres especial.

–¿Por qué, mamá? ¿Por qué soy especial?

–De bebé lloraste mucho, siempre has sido así, siempre ha habido algo que te incomoda. Por las noches te ibas sonámbulo llorando a la pieza. Tu papá te quería dejar afuera, decía que estabas malcriado, pero yo salía y me quedaba contigo en la sala consolándote hasta que te despertabas y te ibas a tu cuarto confundido. Siempre llorabas por horas. En la mañana nunca querías ir a la escuela y llorabas, al mediodía no querías comer y

llorabas, en la tarde me reclamabas cosas que no sé de dónde sacabas, como que querías ver telenovelas o que estabas aburrido y en las noches tenías miedo y llorabas, no se te podía consolar con nada. Recuerdo una vez que te negaste a caminar, decías que no podías mover las piernas y así estuviste todo el día postrado en el mueble, tu padre se salió del trabajo, estábamos preocupados, no por tus piernas, sino por ti, por un momento sentimos que te perdíamos mientras tú jugabas con nosotros a ser un inválido.

–Nunca se me pasó...

–Y siempre estás diciendo esas cosas, hijo, que nos perturban. –La madre se puso la mano en la frente, afligida.

–¿Qué cosas, mamá?

–Eso: “nunca se me pasó”. ¿Qué quieres decir con eso?

–Y al interrogar esto lo miró desafiante a los ojos: el reto de la madre.

–¿Qué?

–Los sueños, las visiones, las alucinaciones.

–¡De qué hablas! ¡Yo no puedo alucinar nada, ni queriendo!

–De niño decías que ya habías vivido todo esto, que era todo repetido.

Gregorio tuvo una extraña sensación alarmante, como si ya hubiese vivido toda esta escena, como si el Creador estuviese recordando, repasando adormecido la obra.

–Menos mal y fuiste el tercero –continuó la madre, mirando hacia un costado-, porque si hubieses sido el primero no hubiese tenido más hijos. Yo antes tenía nalgas hijo, me secaste, pero a la vez me engordaste con tu llanto y tu necesidad de atención... y todavía, es cierto, de alguna forma, sigues luchando, pataleando...

El hijo recordó a su madre cuando él era niño, nada más alejado de la señora frente a él: delgada, con el cabello largo y las uñas coloridas, su mesa de noche

rebosaba de joyas, alhajas y esmaltes, con los que él soñaba de niño a ser un príncipe.

–¡Cuéntame tu historia mamá! ¡Escribiré sobre ti!

–Está bien, hijo –y a la señora le dio risa – ¿quieres saber el final?

–Sí –respondió el hijo con ojos centelleantes y una sonrisa atenta.

–Todos mis hijos se gradúan en la universidad, se casan y me dan muchos nietos – y al terminar de decir esto soltó una risita.

A Gregorio se le calló la mirada al piso, con un suspiro y sin recuperarse preguntó de nuevo:

–Entonces, ¿no tuviste una visión...o un sueño?

–No.

–Está bien.

La madre se levantó y cambiando el tono de voz le dijo:

–No me vas a poner como la mala y a tu papá como el bueno, ¿verdad? ¡Yo soy la buena!

–¿Y quién te dijo que iban a aparecer en el escrito? ¡Acaso has estado revisando mis cosas!

–Hijo, estás aquí todo el día encerrado... ¿de qué vas a escribir?

–¡Bah! Mamá, las ideas son invisibles, no las puedes ver, no sabes qué pasa por mi mente.

–Tu padre y yo sólo queremos que no sufras, que estudies, tengas a tu esposa, tus hijos, tu casa...

–Sí, sí, ¡ya entendí! ¡Cielos! –interrumpió con obstinación.

Se marchó a su pieza a escribir las únicas palabras que contienen su diario, que ese día comenzó por recomendación de Raúl y que, como muchas otras cosas, nunca más continuó:

“Querido diario, hoy mi mamá me confesó que no había tenido un sueño o una visión que anunciaba mi nacimiento, o sea que me mintió, porque de niño me lo decía, cuando lloraba por las noches sonámbulo y me acurrucaba en su pecho, me despertaba contándome que yo era hijo de un dios, que un ángel se le había aparecido y que le había revelado que iba a ser un gran hombre, que tenía grandes cosas para mí, que no me preocupara, que todo estaría bien. Siempre guarde esas palabras conmigo, siempre había pensado que era un elegido, pero ahora sé que mintió, que todo lo que quería era hacer que dejara de llorar.”

Luego de un rato regresó a donde estaba su madre, aunque no se acercó del todo, desde el pasillo le dijo con tono grave:

–Lo he visto mamá...

A la madre le dio un escalofrío.

–¿Qué cosa, hijo?

–Te complaceré.

–¡Que alegría! –dijo algo confundida, mientras notaba las lágrimas en los ojos del muchacho.

Mi historia tendrá tu final.

4. El *flow*

Siguieron pasando los días y Gregorio sentía un nudo en la garganta. Se sentía como en una sala de espera sin fila ni números; sólo esperar a ser atendido. En eso se habían convertido sus días, un limbo, un vacío, un intermedio, un receso. Sabía que por sí mismo no podría avanzar, que alguien más debía mostrarle de qué iba la obra. No digo darle la respuesta del acertijo, lo que él quería era el acertijo mismo. Saber de qué iba el juego para luego aventurarse a perder torpemente. De otra forma no se podría rendir, no podría ahogarse si no entraba al agua.

Entonces se juntó con un amigo músico. Lo visitó en su casa.

–¿Supiste lo de Sofía? –Le dijo Gabriel.

–No, ¿qué pasó?

–¡Los papás la metieron en un psiquiátrico!

–¡Qué!

–Sí, el fin de semana pasado la visité, parecía estar tranquila, jugamos a las cartas con el resto de los internos... ¿o son “pacientes”?

–¿Hablas enserio? ¿Y estaban todos locos?

–¡Bah! No parecían locos, al parecer la mayoría tenían problemas con drogas y estaban en rehabilitación... Pero con ellos aprendí que hay dos tipos de “locura”, la que no te deja llorar y en la que no paras de llorar.

–¿Y a ella cuál le dio?

–La que no paraba, sus padres no sabían qué hacer.

–Yo creo que tengo las dos, porque “cuando quiero llorar no lloro y cuando lloro lo hago sin querer” y no puedo parar...

–Ja, ja, ja, ¡buena! Tú siempre dándole la vuelta a todo.

–¿Tus padres alguna vez se han opuesto a que seas músico?

–No me interesa. ¿Y tú que haces? –cambió la conversación- ¿No te inscribiste en el registro universitario?

–No, este año no...

–¡Vaya! Yo juraba que ibas a ir a la U.

–¿Por qué lo dices?

–No sé, lo tienes escrito en la cara.

–Pues tengo hasta abril para borrar esas palabras

–Ah, ¿sí?

–Estoy intentando... no, estoy *dedicado* a un proyecto para salvar mi futuro y no ir a la universidad.

–¿Really? ¿Cómo es?

–Debo convertirme en escritor o morir en el intento.

Gabriel se quedó callado como esperando una explicación.

–Quería verme contigo, precisamente, para que me hables sobre la música, ¿cómo fue que te convertiste en músico?

–El rock para mí lo es todo, es mi pasión. Trabajé para comprar mi primera guitarra y seguir los pasos de los grandes...

–¿Cómo reconoces a los grandes?

–¡Tienen el *flow*! Lo sabes nada más de oírlo.

–¿Y cómo se consigue el *flow*?

–Practicando mucho y escuchando mucho, ¡hasta que te caiga!

–Pero... ¿Cómo sabes qué nota tienes que tocar? ¿Qué tienes que hacer? Yo siento que puedo a veces anticipar

qué va a suceder en una canción, pero ¿cómo se logra esto?

–La verdad es que hay reglas

–¿Hay reglas para eso?

– “Ya se ve que las hay, y por ellas se guía el juicio que tenemos en estos casos”.

–Pero, ¿dónde queda la creación?

–En la forma como hagas las combinaciones y en las técnicas que utilices, en la destreza...

–Ah...

–Fíjate, esta es una escala de re mayor –entonces tocó la escala de mi bemol mayor en la guitarra– a partir de ahí puedes construir una frase, *ésta* –y tocó una frase– Y así comienza mi idea de una pieza, con esa frase y esa frase anuncia lo que se viene...

–¿Y luego qué?

–Luego viene el drama.

–¿El drama? ¿En la música?

–Claro, mira, esta frase es clara, es perfecta, es como una verdad, pero luego la descompongo y creo mucha confusión, paso a una escala menor... –mientras iba dando la explicación tocaba la guitarra–, después entra otra frase, es como otro personaje, es oscuro, es ambiguo, escucha... –Gregorio escuchaba con atención– Entonces acá un poco de esto así y luego de un puente de modulación anunciado la llegada de... ¡pam! Entra la frase inicial, el tema, como un héroe, ¿lo estabas esperando verdad?

–Sí...

–Ahora espera el regreso del malo y la batalla fina. ¡Yeah! Espera un poco... escucha, se anuncia y allí ¡uh!

–Es como una historia...

–Sí, amigo, y ahora todo se torna confuso, es la lucha final, es la parte del solo... oye –sus dedos se movían frenéticos en la parte baja del mástil, haciendo aullar el altavoz– ahí viene hombre, como un éxtasis, sube,

sube, ahí va –los dedos se agitaban con frenesí y el instrumento bramaba una licencia de guerra piadosa como una ballena canta enamorada al morir, cada vez más y más cerca, a punto de caer en la tonalidad de la frase inicial. Gregorio estaba en vilo, sentía cómo estaba a punto de surgir victoriosa la frase, la esperaba con ansias mientras el músico se desenfrenaba en su instrumento. Eran las trompetas, los timbales, las puertas abriéndose, un brillo enceguecedor que anunciaba...

–¡Gabriel! –grito la mamá del músico entrando a la habitación súbitamente. Los jóvenes dieron un brinco del susto- ¡bájale volumen a eso, Gabriel! ¡Qué es eso! Hola, Gregorio –le dijo a éste cambiando el tono de voz.

A Gabriel era como si lo hubiesen despertado en medio de la noche, estaba confundido, desorientado. La madre lo señaló amenazante y salió del cuarto. Al músico se le encendieron los ojos y el rostro.

–Venía la frase, ¿verdad? Eso era lo que venía, ¿no? Estaba a punto... –indagaba Gregorio, que había quedado picado.

Entonces Gabriel extendió su mano para tomar un cuchillo que había sobre la mesa de dibujo y lo apuntó hacia su abdomen decidido. Gregorio extendió sus manos y le gritó “¡No!”, pensando lo peor, pero sólo le hizo una herida al cuerpo de la guitarra.

–¡Loco! Pensé que le ibas a cortar las cuerdas...

Gregorio entendió entonces por qué que la guitarra estaba toda rasgada.

–Cada vez que la vieja me hace eso, rajo la guitarra. Pero mírala, sigue igual, no es nada– decía mientras se sacaba el instrumento de encima con tranquilidad.

Luego metió la mano debajo de la cama y sacó una botella de ron. Se empinó un trago y se la pasó a Gregorio que hizo lo mismo.

–Mira esto que *cool* –dijo riéndose mientras le pasaba a su amigo un artefacto pequeño que permitía conectar dos audífonos a un solo dispositivo.

–¡*Wow!* Que bien.

Así se acostaron uno junto al otro en la cama con sus audífonos puestos, bebiendo ron, mirando el techo y escuchando rock. Ambos comentaban la música, pero era Gabriel el que marcaba la pauta.

–Qué raro que para crear haya que seguir reglas.

–¿Te parece? Para mí es normal... lo alucinante es darte cuenta de que todo está ya contenido en unas pocas reglas: todas las tonadas, toda la música está ya toda creada, sólo hacemos interpretaciones, sólo volvemos una y otra vez a lo mismo...

–¿No hay creación?

–Es un flujo, *man*, ya todo está dicho. Lo “brutal” de la creación es el desarrollo, cómo una idea va tomando forma y va creciendo y las personas sólo captan el

resultado o parte del proceso, pero inconscientemente saben de todo lo que está allí contenido, como si ya lo hubiesen vivido, como si una melodía pudiese contener el mundo entero y tú la viste crecer... como a una planta, no le diste vida, no es tu creación, sólo eres un jardinero que la cuida, la riega, le habla y la piensa. Y más nadie puede ver en primera persona ese proceso, más nadie la regó como tú, la pensó como tú, ahí está ahora, florecen las canciones, con armonías trabajadas, con ritmos medidos, todo como debe ser, como surgió de su naturaleza, un fruto dulce o amargo, según sea el caso.

A Gregorio estas palabras le resultaron reveladoras...

—¿Crees que en todo el arte sea lo mismo?

—Son formas, siempre las mismas...

—En la literatura también... ¿crees tú?

—¡Espera! —interrumpió abruptamente— El solo... escucha— y cerraba sus ojos como haciendo que tocaba

la guitarra, haciendo muecas al escuchar el chirrido de las cuerdas. Al finalizar apuntó– ¡qué grande!

–¿Cómo sabes cuándo es grande?

–El *flow*, ya te lo dije.

Ebrio, Gregorio escuchaba el fluir de la música como el sonido de un río. Cerraba sus ojos y veía según fuese la música, figuras movedizas, abstractas u orgánicas, vibrantes o sinuosas. Abriendo los ojos trataba de ver esas figuras frente a él, pero sólo se las podía imaginar con los ojos cerrados. Al dejar los ojos abiertos sólo veía esas motas de luz, esas mosquitas flotantes que se mueven con la mirada. Al cabo de un rato de intoxicación, la música se le antojo como el zumbar de las alas de las moscas o abejas y al mirar al techo, mareado, sintió que todo daba vueltas. Entonces pensó: “¿por qué las moscas y los seres humanos volaremos así: inquietos, en círculos?”.

Así estuvieron un largo rato: dos aves en jaulas apartes que se cantan y celebran a pesar de los barrotes. En el clímax de la embriaguez, la reproducción automática les trajo la canción oportuna, la del recuerdo, porque el día de hoy no es más que un recuerdo para mañana. Así se levantaron y comenzaron a balbucear en pseudo-inglés la canción que sonaba muy fuerte en sus audífonos, y ellos estremecían sus cuerpos en una especie de raptó, de rito y de culto:

Another prophet of disaster

Who says the ship is lost

Another prophet of disaster

Leaving you to count the cost

Taunting us with visions

Afflicting us with fear

Predicting war for millions

In the hope that one appears

No point asking when it is

No point asking who's to go

No point asking what's the game

No point asking who's to blame

Otro profeta del desastre

Que dice que la nave está perdida

Otro profeta del desastre

Dejándote a ti calcular el costo

Burlándose de nosotros con sus

visiones

Afligiéndonos con miedo

Prediciendo guerra para millones

Con la esperanza que aparezca alguna

No tiene caso preguntar cuándo será

No tiene caso preguntar quién irá

No tiene caso preguntar cuál es el

juego / No tiene caso preguntar quién es el culpable

'Cause if you're gonna die,
if you're gonna die

Pues si vas a morir,
si vas a morir

If you're gonna die, die with your
boots on

Si vas a morir, muere con las botas
puestas

If you're gonna try, well stick around
Gonna cry, just move along

Si lo vas a intentar, espera por ahí
Vas a llorar, sólo apártate

If you're gonna die, you're gonna die

Si vas a morir, morirás

**Letra original de Iron Maiden*

Al despedirse, borrachos, Gabriel le dijo:

–Hay algo que me perturbó de la visita al psiquiátrico.

–¿Qué fue?

–*La mirada de Sofía*, su semblante, su expresión, sus ojos...

–¿Cómo era? –indagó Gregorio muy interesado.

–No sé explicártelo.

–¿De vergüenza? ¿Dolor? ¿Alegría?

–Algo más, algo que va más allá de todo eso... no te lo puedo explicar.

En su casa, al mediodía del día siguiente, Gregorio encontró a la mamá cocinando. Se sentó en la cocina sin que ella se percatara y le preguntó.

–¿Cuándo cocinas sigues unas reglas, mamá?

La señora dio un brinco.

–¡Muchacho! Que susto... -Gregorio creyó ver cómo se desahogaba rasgando con el cuchillo la tabla de la cocina.

–Dime –continuó él–, ¿en la cocina, hay unas reglas que lo gobiernan todo, como unos principios que contienen dentro de sí todas las recetas, todos los sabores, todos los platos posibles?

–¡Por Dios, Gregorio, no sé de qué estás hablando!

–Responde...

–Lo que hay son recetas y variaciones... Tú no dormiste aquí anoche, ¿verdad?

–Ah...

Gregorio se fue a su pieza aún con resaca. Pensaba: “la cocina no es un arte como la música... quizá haya unas artes que sean más artes que otras...” Pero también pensaba, “necesito una receta, una receta para hacer una torta literaria”.

–¿Y qué si hay un arte supremo, uno que contenga la forma de todo...? No podría haber una receta para ese arte, no podrías cocinarlo como se hace un pollo frito.

Pensando estas cosas se iba quedando dormido. Soñó que por fin se terminaba la espera, que había llegado el bus que lo llevaría a *ese* lugar deseado, pero al querer subirse resbaló el escaloncillo y se despertó con un sobresalto, sacudiendo las piernas. Gregorio tuvo en mente el sobresalto de Gabriel cuando fue interrumpido por su madre. Fue como si hubiese estado dormido y lo despertaran súbitamente.

–Todo fluye...

5. El despertar del mensajero

Aunque sabía que le habían aconsejado que leyera mucho, Gregorio no quería leer. Pensaba que no tenía tiempo y leer le daba sueño. Creía también que con los pocos libros que se había leído tenía ya suficiente, además, debía leerse a sí mismo, por lo que estaba harto de las letras. Pero estas eran excusas. La verdad es que, ahora que comenzaba a escribir, leer le resultaba muy doloroso. Gregorio lloró a cántaros con la última novela, no porque tuviese un final triste, sino porque estaba tan bien escrita, era una obra tan perfecta, tan bien concebida que, castigado por los celos, le reñía a Dios no haberle dejado a él componerla. Sabía que si volvía a leer algo dejaría de escribir, no superaría de nuevo descubrir tanto talento, tanta genialidad fuera de él.

Así que tuvo la idea de ver todo tipo de películas y series por televisión; por más de un mes se saturó de

largometraje tras largometraje, de cualquier tipo, sin ningún criterio. Y luego de ver todas estas películas también se hartó y se dijo para sí:

–Ya lo entiendo. Es cierto, como dijo Gabriel, todas las historias cuentan lo mismo. Son los mismos personajes, aunque sean distintas películas, siempre los mismos personajes y luego los actores que se repiten haciendo los mismos personajes y la misma película y la escena repetida, todo siempre lo mismo...

Pero también se daba cuenta de que esto es posible porque cuando vemos las películas o leemos, estamos en un raro estado de sopor. No somos activos, no nos toca pensar. Y así, en lugar de sacar conclusiones, nos dejamos llevar y *estamos como dormidos cuando leemos o vemos una película.*

De esta forma, Gregorio continuó su epifanía:

–Todo es lo mismo siempre, son los mismos personajes, las mismas situaciones, las mismas lecciones... el arte es un truco, es una fórmula, se repite

una y otra vez, una receta, como la vida. No tengo que crear una historia, no tengo que escribir un libro, tengo simplemente que *reescribirlo*, repetir lo mismo que ya se ha dicho y repetido, la misma historia; la humanidad repitiéndose desde las cavernas una y otra vez lo mismo, como mi mamá me repite siempre lo mismo inútilmente y yo no le hago caso, así es, porque estamos dormidos. Sólo cuando estamos atentos, despiertos, vigilantes, podemos ver más allá de lo que nos están entregando. Por lo tanto, no tengo que crear nada, sólo tengo que conectarme con esa eterna fuente de lo mismo siempre y volverlo a decir, pero con mis palabras precarias, sin oficio... reescribir lo que la humanidad se ha estado diciendo a sí misma una y otra vez.

Así estuvo durante un mes más, haciendo apunte tras apunte con bosquejos de tramas. Quería abarcar todos los bordados posibles para notar la última forma constituyente de todas las historias. Parecía bien encaminado y con buen ánimo al repasar sus abultados

apuntes. Para cada tipo de trama trazaba un esquema desnudo de palabras y líneas, verbos y curvas que revelaban los vericuetos y peripecias de un héroe y sus compañeros, grandes espacios de líneas zigzagueantes, flechas y borrones. Incluso modificó cierto juego infantil. Cuando era chico, un tío, hermano de su padre, al ver que Gregorio de niño mostraba interés por el dibujo, le enseñó un juego. Consistía en que alguien trazaba un garabato sin sentido en una hoja de papel para que el otro elaborara un dibujo. Gregorio comenzó a hacer lo mismo sólo que trazaba una trama a partir del garabato. Así estaba de estimulado y creativo en esos días. Luego era sacar historias de cualquier objeto. No era una historia a partir de un objeto como protagonista o parte de la obra, era literalmente una trama con la forma de ese objeto. Entonces veía un frondoso árbol y pensaba en una trama con raíces, tronco, ramas y hojas. Y si veía un vaso, se imaginaba una trama redonda con una abertura por arriba, pero sellada por debajo, en ese caso era una trama como una esfera, pero con un final abierto. Luego de muchos

ensayos, Gregorio se obsesionó con una forma común, madre de todas las formas. Pensaba en la flecha y la diana como los dos objetos que más se acercaban a ese arquetipo de las historias.

Sin embargo, no entendía cuál era el sentido de todo ello. Había llegado al estado supremo del conocimiento de las formas de la narración con las manos llenas, pero no era la copa de un árbol frondoso, más bien era como un helecho que había crecido desparramando su verdor sobre un viejo tronco vacío. “Aquí están” decía el seco árbol meciendo la urdimbre de tramas e historias, “pero no son más estas hojas”.

Ahora bien, ¿tenía que entenderse el árbol para dar frutos? Así reflexionó y dio un giro a su andar. No siguió adelante, sino que viró negando en cierta forma lo que había alcanzado; ese fue un extraño movimiento de superación, el tipo de enigmática síntesis que logran los iluminados sin pensar mucho en ello, tomando su segunda epifanía por un desaire afortunado:

–He conocido la receta, pero no entiendo su sentido. Y lo mejor de todo es que tampoco tengo que pensar en ello. No tengo que asimilarlo, o madurarlo o entenderlo. *No tengo que entender ser un escritor para serlo*, no tengo que pedir a nadie que me lo explique. Es como la enseñanza que enseña a aprender, no existe, sólo está el tipo que lo pescó, que supo que no tenía que entender nada, sólo pasar de acá para allá ese mensaje ajeno: tomarlo de los otros en mis manos y ponerlo en las manos de alguien más. Es un recado, simplemente un encargo que escucho desde los albores del tiempo, lo entrego y me despido, ¿qué me importa el contenido del mensaje?

Gregorio sintió entonces como un despertar. Comenzó a creer que la gente vivía su vida como veían las películas: adormecidos, con su cerebro en *default*. “¡Nuestras propias historias! ¡Nuestra vida! Para ella sólo somos espectadores adormecidos. Y aún así nos gusta la intriga, nos ponemos creativos en el chisme, compulsivamente recreando en los demás los

personajes que nos inculcamos en el sueño”. De esta forma interpretó entonces el arte: recordando la impresión que le había dado Gabriel al ser sacado de su trance, justo en medio del solo de guitarra.

Creó entonces un nuevo archivo en el computador y comenzó a escribir una historia. Era una flecha apuntando a una diana y la flecha era el personaje principal. El lector entraba en el texto como por unos rieles. Había estaciones claras para el descanso y la reflexión, y un itinerario, con el que el viajero podía dar seguimiento a su recorrido. Todos los que ingresan atentos se sienten como la flecha que apunta, pero al cabo de un rato de andar lo han olvidado, y ya no se trata de la flecha, sino del viento y del sol, de la arena, la humedad y el pulso. Entonces se establecía la voluntad del personaje principal de salir de esa situación y se empeñaba en ello, recibía la ayuda de algunos y cuando ya creía que iba a resolverse todo, resultaba que había sido engañado, traicionado quizá por él mismo y estaba entonces en una peor situación

que la inicial, perdía la esperanza y ya no confiaba en nadie. Pero al final se da cuenta de que no puede huir de su destino: *la flecha es disparada, es arrojada al día, atraviesa el aire con un hiriente silbido y súbitamente deja de volar*. Una vez que la flecha toma vuelo, detenerse es morir, es dejar de soñar. Pero la diana nos recuerda la forma del alma: el infinito, el círculo con el punto en el centro.

Los días prosiguieron con arduas labores intelectuales, muchos apuntes y café. Gregorio se esforzaba en estar atento, vigilante, concentrado, en fin, despierto. Tomaba una idea y debía seguirla, acosarla hasta la muerte, no podía pasar a la mitad de otra idea, tenía que rechazar esos desvaríos, tenía que seguir un hilo, una trama clara, un bordado perfecto. Sus esfuerzos lo volvieron insomne. Le ardían los ojos y se sentía algo aturdido de tanto tejer, pero producía de manera regular. Lo extraño era que mientras más despierto se mantenía, más pensaba en el sueño. Una cosa trajo a la

otra consigo. Entonces comenzó a darse un tiempo, eso sí, un tiempo fijo, de 3pm a 6pm, para pensar con máxima concentración en los sueños. Y eso terminó por ocupar la mayor parte de su tiempo. Era como si la vigilia deseara al sueño y lo buscara. Pero el sueño tiende a escabullirse de la vigilia. Así fue que el joven Gregorio, que hasta hace poco dormía, se despertó siendo dos yo: el del sueño y el de la vigilia. La vigilia se convirtió en un espía del sueño. Vigilante, con sus poderosos telescopios y demás artefactos de inteligencia, seguía atenta a cualquier señal que permitiera interpretar el código secreto del sueño. Era la forma que añoraba el contenido, como el ánfora al vino. A veces lo rastreaba y perseguía, pero despertaba batiendo las piernas. En el *déjà vu* la encontraba, pero lo había olvidado. Lo que él no sabía es que ese espía, la vigilia, estaba siendo espiada desde siempre, por su rival, su contrario, el sueño. En las pesadillas quiere irrumpir violento, en el noctambulismo camina y comanda. De este modo se debaten el sueño y la vigilia, y Gregorio no es aún un yo claro, estable, sino que es

un turbio intervalo, *un tránsito*: una forma sin contenido, un contenido sin sentido, una flecha que aún no ha sido disparada; pero *el arco está ya tensado, esperando liberar su agonía en la diana*.

6. La maciza, compacta y consistente infraestructura de la mancha en el papel

Al cabo de cuatro meses desde que hablara con su padre, Gregorio había completado un manuscrito breve de unas 50 páginas. Lo había imprimido y reposaba en su mesa de noche, con algunas correcciones a lápiz que se le ocurrían en sus relecturas. El trabajito tenía incluso un índice al comienzo y una portada. Había elegido una linda serif no muy común que había hallado en medio de un enjambre de fuentes gratuitas en internet. El proceso de formación de la trama había venido acompañado por una atracción sensual y mística hacia la tipografía

y la diagramación. Revisó el texto completo con distintas tipografías y escudriñó los espacios en blanco, las sinuosas figuras, los sugerentes ángulos exquisitamente trabajados, las alturas respingadas de algunas, la compresión eficiente de otras, cómo se achataba o alargaba la mancha del texto, se dilataba o contraía la página; todo fue considerado. Así, era de esperarse, también ideó tramas con forma de “a” o de “g”, pero sólo de la “a” romana y de la “g” con ojal cerrado, que tienen esas dobles curvas tan típicas de todas las historias.

El texto había quedado levando un día mientras Gregorio hacía otras cosas fuera de su habitación un domingo en casa. Al volver a su pieza, encontró allí para su horror, al padre con el texto en las manos. El hijo entró en pánico y se dispuso a arrancárselo con un grito de espanto, pero hábilmente el padre lo escondió tras de sí con una mano, apartando con la otra al muchacho.

—¡Ey! ¡Dame eso!

–Espera, tranquilo.

Pero el “tranquilo” de su padre era como un latigazo que lo asicaba furioso.

–¡Qué te pasa! ¡Dame! –le reclamaba con vehemencia, empujando al señor que se había puesto rígido y a la defensiva.

–¡Quieto! ¡Quieto, Gregorio! ¡Basta!

Forcejearon. El hombre se giró y con una suerte de zancadilla lo empujó en dirección al escritorio logrando zafarse de las garras nerviosas del crío que luchaban esquivas y alteradas.

–¡Cálmate, Gregorio!

Hubo una pausa. Se miraron a los ojos. Cada uno era para el otro como un espejo encantado. Las facciones duras, los ojos encendidos, los labios severos y tensados. Pero en el hombre había zanjas y arrugas en un gruesa piel masculina y gris, mientras que en el joven todavía algo de feminidad infantil y nada de

barba. Gregorio sintió un millar de piedras que golpeaban dentro de él, como si lo lapidaran desde adentro. Desconcertado y alerta a la vez preguntó agudo, como un ruego al borde del llanto:

–¿Qué quieres! ¡Por qué me estás haciendo esto!

–¿Es este tu escrito?

–¡Sí! ¡Es mi escrito! –respondió desafiante y tan fuerte como sus vigorosos y jóvenes pulmones pudieron. Se divisó en ese instante la sombra de la madre en el pasillo, trémula, como si la proyectara la luz de una vela.

–Déjame verlo –le demandó el padre calmado, pero también severo.

–¡No puedes leerlo! ¡Te lo prohíbo! ¡Largo de mi cuarto!

–No voy a leerlo, te lo prometo, sólo voy a “echarle una ojeada”, no he leído ni una línea... y el título no dice mucho.

–¡No! –dijo el joven lanzándose sobre el padre en un esfuerzo desesperado y sin sentido. El hombre lo repelió con fuerza y Gregorio terminó por dar tumbos sentándose obligado en la cama.

–Voy a verlo aquí, frente a ti, cada hoja brevemente, sin leer –y eso comenzó a hacer.

Gregorio echó un vistazo a la variedad de objetos que estaban regados por su habitación en busca de un objeto cortante, pero no halló nada, así que con el brazo por dentro de la camiseta, se rajó fuerte el pecho con sus uñas, mientras el padre pasaba maquinalmente las hojas de una en una a intervalos muy breves y sus ojos recorrían las páginas de arriba abajo. El muchacho se sentía ultrajado. Al terminar su inspección, el padre dejó los papeles sobre el escritorio y con una indescifrable expresión salió diciendo: “¡Ya pasó!” y cerró la puerta tras de sí. El hijo quedó mudo, halándose los cabellos tan fuerte como podía: logró arrancarse algunos.

Luego de un minuto vio una sombra bajo la puerta que pensó era su madre que no se atrevió a tocar, pero a la mañana siguiente, cuando decidió salir, luego de que su padre se fuera al trabajo, encontró pegado con una cinta adhesiva un recorte de prensa que anunciaba la apertura de una academia de escritores llamada “La casa de las letras”. Al parecer, el padre había quedado sorprendido por la sólida estructura del escrito. Los párrafos bien cargados y simétricos, las oraciones completas, las comas precisas, los apartados todos de la misma longitud, el elegante índice, en fin, la maciza, compacta y consistente infraestructura de la mancha en el papel. Para el joven, sin embargo, *el trabajo había quedado manchado*. Sus fuerzas se extinguieron y su inspiración se terminó: “otro camino tomado, otro puente que caía”.

La academia comenzaba a sesionar esa semana. Se veía a sí mismo irrumpiendo en la casa de las letras como un vándalo, dispuesto a saquear, a violar y a quemar.

Tomaría un botín de escenas de rencor y malentendidos, todas letras de tinta negra, ninguna dorada. El sitio no estaba tan lejos de su casa, pero no quedaba lo suficientemente cerca como para decir que vivía en el barrio de las letras.

II – VIGILANTE EN EL SUEÑO

7. La compañía de los despiertos

El día de la inauguración estaban todos sentados en círculo, expectantes e ilusionados. En *La casa de las letras*, en un salón, una docena de personas atienden a las palabras del director que saluda y da la bienvenida.

–Como saben, nosotros escritores nos debemos a la palabra, somos artistas de las letras...

–Falso –interrumpió maleducadamente Gregorio.

Su lengua cortó el encuentro como gotas ácidas a la leche y así quedó el lugar hasta el final.

–Ya tendremos tiempo de discutir estas cuestiones – intentó continuar cortésmente el director, pero otro que estaba a su derecha respondió:

–¿Como que no? Si no son palabras, ¿qué son?

–Pensamientos, ideas, verdades...

Aquel insistía:

–Pero no se puede pensar sin palabras y los libros no se escriben con ideas, sino con palabras.

–Está bien, pero esta no debería de ser una casa de letras, sino de ideas, que son las verdaderas encomiendas de las palabras.

–Sí, eso es cierto y es muy interesante –intentó de nuevo continuar el director...

–Yo he ideado –prosiguió Gregorio–, una forma de demostrar que las palabras son secundarias.

–A ver...

–Puedo discurrir en pensamientos hablando una lengua inventada, eso quiere decir que mis pensamientos son independientes de las palabras... no completamente independiente de cualquier palabra, porque pensar sin ninguna vocalización me resulta imposible, pero cuando quiero pensar muy rápido,

desarrollar una idea, me hago creer a mí mismo que hablo una lengua arcana, balbuceo esta lengua mientras articulo mis pensamientos, y así pienso mejor y más rápido, me abstraigo del español y supero el lenguaje.

Todos quedaron extrañamente oscurecidos por las palabras del muchacho. Eran, sin duda, las palabras insolentes de un chiquillo sin modales, pero comunicaban algo enigmático a la vez que ingenioso y delirante.

–Pero el escritor si quiere comunicar su idea no puede utilizar un lenguaje que ni siquiera él entiende, sino que debe cuidar de elegir las palabras correctas – insistió el caballero de barba que estaba a la derecha del director.

–Sí, pero no deberíamos concentrarnos entonces en decir que el material que trabajamos los escritores son las letras, el material son las ideas, las palabras son el medio a través del cual se comunica la idea.

–Bien, estamos todos de acuerdo en eso, continuemos
–dijo cansado el director.

–Gracias –dijo Gregorio.

Se terminaron de decir, algo incómodas, las palabras protocolares y se invitó a los presentes a revelar por qué habían decidido convertirse en escritores, si era de su gusto.

–Borges –dijo uno.

–Stephen King– dijo otro.

Así continuó cada uno siguiendo la pauta marcada por los dos primeros, nombrando una obra que los había marcado, que los había atrapado tanto que ellos mismos quisieron intentar también crear algo así. Ante lo cual Gregorio comentó:

–Qué extraño, es como si cada uno se hubiese convertido en repostero luego de probar un delicioso pastel.

–A ver, cuéntanos tu historia –cuestionó pedantemente el que estaba a la derecha del director, que tenía una barba cuidada.

–No fue un autor lo que me atrajo a la escritura. Fue la falta de sueño. Siempre me ha costado dormir, desde niño, aunque también, en la misma medida, me cuesta despertarme por las mañanas. Siento fascinación por ese estado de meditación propio del reposo, del disponerse al sueño. Ese mismo estado existe al despertarse, también allí la mente activa procesos fantásticos, mágicos. He estado desde que tengo recuerdos anhelando ese estado. Allí la mente se libera, sin un mundo real que la cuestione, puede indagar libremente y abandonarse al pensamiento y la imaginación.

–Te hubieses dedicado mejor al cine.

–No, no hablo del mundo del sueño, de las imágenes que fluyen con su propio lenguaje, hablo de la ausencia de perturbaciones externas para lograr un discurrir de

pensamientos. El cine también tiene ideas, sí, también podría ser el cine, pero no son las imágenes por la misma razón de que no se trata de palabras.

–Pero si no son palabras, ¿por qué ser escritor?

–Hay un perpetuo discurrir dentro de mí, un flujo creador que comenzó antes de que tuviera conciencia. Ha estado figurándose a sí mismo desde siempre y yo lo recreo una y otra vez. Es la maravilla del desarrollo. Las ideas unas sobre las otras, junto a otras, crean un cúmulo y éste a su vez se junta y transforma en una constelación que crece como un organismo con su propia historia mágica y natural. Está allí cada vez que voy a dormir, y su permanencia me da una sensación de identidad y de libertad que ninguna cosa más me puede dar. Debo poder escribir sobre este artefacto fantástico que ha crecido espontáneamente, casi ajeno a mí mismo. Pero escribirlo, ponerlo en palabras, sería como tomarle una foto, dejarlo detenido. Aun así, creo que el lector podrá reconocer el movimiento, completar

el antes y el después, darle vida y dejarlo crecer dentro de sí.

–¿Cómo se manifiesta este material? ¿Algo o alguien te recita las palabras? –indagó el más anciano, que hasta ahora no había dicho nada.

–Soy sólo yo hablándome a mí mismo.

El de barba, a la derecha del director, dejó soltar una carcajada burlona y todos rieron, menos el viejo que hacía un extraño gesto de aprobación.

–Para las próximas reuniones tenemos programadas algunas charlas introductorias basadas en un programa de lecturas. Quien guste puede ofrecerse para traer alguna.

–¿Por qué no comienzas tú? Quizás te puedas venir en pijama y traerte tu almohada –retó el insistente que estaba a la derecha del director, tenía la barba cuidada y los ojos claros.

Se rieron todos de nuevo.

–Pensé que íbamos a conversar sobre escribir, leer es perder tiempo.

Todos quedaron asombrados.

–¡No puedes decir que leer es perder tiempo!

–Asumo que estamos todos despiertos y que por eso somos escritores. Venir a leer un cuento como si fuesen niños que quieren dormir, me parece perder tiempo. Veámonos las caras y digamos la verdad: que ya está todo dicho y que no hacemos más que reescribir historias como sacando tartas de una receta heredada. Si lo que quieren es atención, escriban un blog.

–¿Qué propones? ¿Filosofar sobre la literatura y el arte? –indagó el director.

–Mmm... no sé...

–Entonces prepara algo para dentro de tres sesiones, ¿qué día es hoy?

–¡No! No es eso... es que... tengo que escribir algo para dentro de unos meses. Mi vida se me va en ello. Ya

entendí cómo se cuenta una historia, eso ya no me importa, la puedo incluso tomar prestada...

–Lo han hecho grandes escritores –aclaró el anciano, viendo que el auditorio parecía alarmarse ante la plagaria afirmación del muchacho.

–Pero siento que falta algo más –prosiguió Gregorio–. Asumo que todos saben escribir, dominan el lenguaje, pueden contar historias; pero esas son formas, fórmulas, esquemas. Quiero poder comunicar un mensaje, saber cómo se dice lo que no se puede decir, *a lo que la historia debe apuntar, lo que el personaje muestra, lo que el final revela*. Pero no puedo, siento que me falta algo y pienso que quizá alguien aquí me pueda iluminar.

–¿Es una cuestión religiosa? ¿Esotérica? –indagó el director.

–No, no lo creo... es una llave que necesito, pero no sé aún si es para abrir o para cerrar algo por siempre.

–Muy bien, una llave puede abrir, pero también una llave puede cerrar. –Dijo el anciano alabando comentario de Gregorio.

–Hablé con un amigo mío músico y me dijo que él sabía de sólo escuchar cuándo una música tenía el *Flow* y mi papá me dio un año para conseguirlo.

–¿Tu papá te dio un año para ser músico y por eso te dedicas a escribir? –ironizó el caballero a la diestra del director, de barba cuidada y ojos claros, camisa a cuadros y cabello castaño.

–¡No! ¡Por favor! Está bien, debí comenzar desde el principio. Debo convertirme en escritor en pocos meses o morir en el intento...

Todos volvieron a reír.

–Sí, sí, a mí no me da risa, ¿saben? Entonces este amigo revela que hay algo que se capta más allá de la razón, el verdadero talento brilla más allá y creo que con las letras el artista sólo puede señalar aquello que ha visto, no como la música, que es un rapto, un trance, un arte

del sueño, porque como todo arte plástico es fantasía, por el contrario, las ideas deben ser conscientes, un arte de la vigilia, no se puede tener una idea sin captarla, debo poder conseguir el *flow consciente* y si ustedes lo tienen, quizás me lo pueden transmitir, yo prometo portarme bien, pero no puedo perder tiempo, no tengo una vida para entender, tengo unos pocos meses.

Todos quedaron perplejos, todos menos el más anciano, que le hizo un gesto de aprobación al director enmudecido.

–Eh... sí, está muy bien, creo que podemos ayudarte con lo que podamos.

–Gracias.

–En fin, tienen en sus manos el programa de charlas que hemos organizado para las próximas cuatro reuniones. Éstas no tomarán más de veinte minutos, el resto del tiempo será para el intercambio de ideas, el coloquio literario según ha dispuesto aquí Don Esdras

–dijo señalando al más anciano-. ¿Quieres agregar algo, Alejandro? –dijo al caballero de su derecha: camisa de cuadros, tez blanca, cara redonda.

–No, sólo que me muero de curiosidad por escuchar los hallazgos de nuestro amigo, ¿cómo se llama usted?

–Gregorio.

–Alejandro es el encargado de la Casa, yo, aunque soy el director, tengo otras obligaciones en la universidad.

Alejandro posaba sus ojos almendrados sobre Gregorio. Su mirada desafiaba al intruso y todos lo notaban. Eran rivales genéticos. El dueño de la casa era castaño, afeminado, esbelto, de buenos modales, con barba poblada, ojos claros, culto y sumiso. Gregorio era tosco, moreno, de voz estruendosa, boca negra, mal vestido, ojos enrojecidos, rudo y desafiante, pero imberbe. Sabían que habría problemas, que sus sangres entraban en conflictos. Pero Gregorio no podía rendirse. Estaba en el punto justo del desarrollo de sus ideas en el que necesitaba rodearse de otros que ya

habían transitado el camino. Hay etapas de encerrarse bajo llave y hay etapas de sentarse a conversar. Era el momento de sacudir el árbol y dejar volar las esporas o con suerte dejar caer algún fruto. Quizá el huevo caería del nido y tocaría su fin, pero debía continuar con el simulacro de Academia, era su oportunidad de estar en el medio, en el fuego cruzado, fuera de la trinchera.

De todo esto se convencía Gregorio mientras escuchaba las palabras vacías que el director leía: Neruda. El anciano se durmió y otra señora mayor que estaba ahí, la única mujer, también cabeceaba luchando con el sueño.

–Quizá yo deba dormir también –pensaba– he estado mucho tiempo despierto. Dormir sin sueños, *dormir para negar el mañana*, para no sentir de nuevo el desdén del día.

Caminó de vuelta a su casa unas quince cuadras y en quince días más era la próxima reunión.

8. El artista perfecto

Gregorio se sentía avergonzado por la forma como se había presentado al grupo: irreverente, atormentado, soberbio... pero el tiempo apremiaba. De saquearle algo a la casa de las letras sería en un par de reuniones más, de manera que quedara tiempo para escribir lo que le entregaría a su padre. Muy a menudo, en estas situaciones, las personas actuamos así, con impaciencia: Le ponemos condiciones al tiempo, nos adelantamos a los hechos y nos predisponemos. Y cuando las cosas suceden mal, porque todo lo hemos dispuesto así, porque nos hemos esforzado por ponerle término a algo que no tenía por qué respetar nuestro tiempo, perdemos, *entramos de espaldas al mañana*. De esto también versa esta historia, quede claro: de cómo nos viramos al curso natural de las cosas, de cómo forzamos todo para que no sea como pudo ser y

nos complacemos diciendo: “lo sabía, sabía que pasaría”. Por supuesto, ¿acaso no hemos hecho todo para que suceda? ¿No nos esforzamos como trágicos personajes a cumplir nuestro destino? Una desdicha agendada: entrar de espaldas al futuro. Pero no achacaré al personaje este destino mezquino de todos los mortales. Es sólo un desliz del pensamiento, una huida de la pluma que presiente la pérdida y la herida, pero no puede prever la enseñanza y plenitud. Porque la sabiduría de la tragedia no está en la muerte, es sólo que no podemos ganar algo sin perder otra cosa a cambio. Mientras más perdemos, más podemos recibir. Gregorio quizá se pierda a sí mismo y sólo así se sepa encontrar. Y el lector, ¿qué perderá? *Es el autor mismo quien se lee, así se pierde.*

Gregorio dudaba en llevar algo de lo que había escrito. Repasaba el manuscrito. A ciertas horas del día le parecía genial, que había valor en él. Pero luego lo releía a ciertas horas en las que la luz amarillenta se reflejaba en el papel, allí le resultaba inmaduro,

descompuesto y hasta ilegible. Sabía que necesitaba de alguien más, de un tercero (porque él ya eran dos) que lo comentara, lo señalara, lo adjetivara y adverbicara. Pero la vergüenza le impedía mostrar su trabajo. Era como presentarse desnudo frente a todos. Sentía que bajarían la mirada avergonzados, reirían y tendrían algo que contar por años. Pero también sabía que era digno de una obra estimable generar vergüenza en quien la aprecia. *El vértigo del infinito en el espejo nos hace quitar la mirada.*

Así continuaba Gregorio de la vigilia al sueño. Sus dos yo se disputaban un lugar privilegiado, ora en la vergüenza ora en la soberbia. Cuando despertaba, le resultaba que el corazón se alejaba del alma y en el recuerdo del sueño era todo confusión. Había atendido al discurso del director. Sus palabras eran vacías pero elegantes, con oficio. Las suyas eran atropelladas, sin contexto. ¿Por qué surge así el pensamiento, oscuro, borroso, movedizo? Porque es una foto tomada a una criatura en movimiento. Los escritores son, entonces,

fotógrafos. Hay que aprender a hacer la foto, que no quede movida, que esté bien enfocada. Como un buen retrato, ahí debe contenerse el carácter todo, el instante y el más allá.

Cuando llegó a *La casa de las letras*, ya había comenzado a hablar Alejandro. Tenía una gracia sutil, una delicadeza encantadora, como una serpiente que no zigzaguea, sino que se desliza flotando, pero también se arrastra y así era que generaba un rechazo instintivo en Gregorio, quien incluso llegó a pensar que algunas de las bien trabajadas palabras estaban dirigidas a él. No eran palabras vacías, era un discurso robusto, ordenado, con sentido. Pero no le gustaba, porque, aunque certero, no tocaba en lo más mínimo los problemas vitales, que los daba por sentado.

De haber habido más personas se hubiese tratado de una ovación, pero no hay mucha gloria en menos de una docena de aplausos. Al recibirlos, Alejandro miró fijamente a Gregorio con una sonrisita burlona y desafiante. Era hora del coloquio. Todos estaban

expectantes de un duelo, pero Gregorio miraba al piso. Entonces la señora, que parecía muy congradada con lo leído por Alejandro le pregunto:

–¿Cómo haces para escribir? ¿Tienes algún ritual?

–Estas palabras las escribí en la casa de veraneo de mis padres. Tiene vista al mar. Había estado leyendo a Borges y a Proust, tomaba de un Cabernet y escuchaba Mozart. Así se alimenta el espíritu: de la brisa marina; los sentidos se templan y el verbo golpea como las olas del mar.

Gregorio sintió un calambre recorrerle el metraje completo del intestino. Continuaron algunos de los presentes haciendo alarde de sus placeres carnales asociados a la creatividad. Discutieron el vino y el violinista, la estación, la vista e incluso los perfumes. Gregorio se movía inquieto en su puesto, como si contemplara una operación a corazón abierto.

–¿Y usted? ¿Cómo escribe? –le preguntaron.

–No es un placer sensual, por cierto.

–Pero la última vez que hablé, creí haberle entendido que disfruta del proceso creativo –le apuntó el anciano.

–Del proceso creativo sí, de escribir no.

–Pero –inquirió el director algo confundido– ¿no es de escribir que estamos hablando?

–Escribir para mí es una tarea que me encomendó mi padre. No recibo ningún placer por ello. Desde que acepté el reto estoy como enfermo. Añoro la vigilia en el sueño y el sueño cuando estoy despierto. Deambulo dentro de mí mismo como en un desierto. Cuando creo, no soy yo el que crea, es mi espíritu el que me obliga. Yo no pongo una condición, no elaboro un escenario. Hay días que no quiero ser escritor, me da vergüenza, no me interesa, no quiero ni pensar en ello. Pero hay otros días en los que la angustia me conmueve, tengo un nudo en la garganta, un desasosiego, “lágrimas contenidas, pensamientos demasiado grandiosos para mi alma...” A veces trato de hacer otras cosas, pero no hay caso contra esta fuerza sorda que me agita y me

obliga a encararme, a escucharme y, en definitiva, a derramarme en palabras. Nunca es cómodo, no fluye como una gracia, ni se desarrolla como una destreza, es una convulsión, un estado febril, que mientras más se atiende más empeora.

–¿Es una terapia? –apuntó la señora, que hacía un esfuerzo por entender los desvaríos del joven.

–No, no es una terapia. Una terapia es algo que nos desahoga, nos apacigua, aunque sea momentáneamente. En mi caso es una convulsión, un episodio epiléptico. No quedo mejor por escribir, siento que empeoro, que he retrocedido...

–Es extraño porque escribes por obligación a la vez que por vocación...

–Es una condena

–Pero, es una búsqueda, entiendo que es una búsqueda
–comentó el anciano.

–Una búsqueda que está sentenciada a no hallar nada, según entiendo. ¿Y qué si lo consigo? Aún tengo que poder expresarlo, aún me quedan las palabras por delante luego de que las he dejado atrás

–Es *la perfección de círculo* –agregó el anciano. A todos, incluido Gregorio, les causó impresión este comentario.

–¿Y qué si consigo expresarlo? Aún falta que alguien se quiera prender de ello...

Entonces el anciano sentenció:

–Ésta es *la paradoja de Gregorio*: puede que lo que quiera escribir no tenga sentido y por ello los esfuerzos son en vano, puede que tenga sentido, pero no hay tiempo y quizá tampoco el talento para lograrlo, puede que lo logre, pero que nunca nadie termine por leerlo, puede que lo lean, pero que nadie sepa valorarlo.

En ese instante, Gregorio se convenció de que el anciano lo entendía, claramente mejor que él a sí mismo, porque sus palabras estaban cargadas de un

sentido enigmático y ambiguo que lo atrapaban en su incompreensión.

–¿Trajiste algo para compartir con nosotros? Algunas lágrimas de esos momentos tormentosos, ¿quizá? – indagó Alejandro, el de los ojos claros.

–¿Aún no has escuchado del artista perfecto?

–¿El artista perfecto?

–Sí –respondió– El artista perfecto hila las nubes y se ríe del mar. Sus palabras son el viento y la lluvia. El tesoro está dentro de él y en la naturaleza entera.

–¿Dios? –dijo la señora.

–Puede ser, sólo si aceptamos *el silencio de Dios*: que Dios calla. Porque el artista perfecto quiso pintar, pero encontró que no había colores para imitar a la naturaleza, para comunicar la grandeza del infinito, entonces probó la música, pero sólo servía ella para conmover o para animar, pero no lograba representar la luz en su grandeza, así que buscó la palabra y se dio

cuenta de que, con sus tonos y melodías, la palabra ahuyentaba la sabiduría, se opacaba el brillo de su obra. Entonces el artista decidió continuar sin palabras, se abandonó al acertijo del silencio. Su arte no está en la obra, no puede ser juzgado por lo que logre, sino por lo que *es*. Un artista no es quien hace arte, el arte es hecho por el artista.

–Pero, ¿de qué vas a ser un artista perfecto si no produce obra alguna?

–De sí mismo.

–Vaya que tienes un ego muy grande –le reprochó riendo el actor dotado, el de la barba cuidada.

–¿Te parece grande mi ego? Porque no es la parte más grande de mí, *yo no soy la parte más grande de mí*, hay algo más, mi yo es apenas una isla minúscula perdida en la inmensidad del océano que está dentro de mí.

–Y cuando hablas, ¿es el sonido de las olas que revientan? –dijo el otro con ironía.

–No, el mar está en calma, por ahora es sólo el náufrago el que pide auxilio agitando los brazos, como un ave que está por echar vuelo.

–Pero pensábamos que estabas escribiendo algo para entregar a tu padre, ¿no es cierto eso?

–Sí, es cierto.

–¿De qué va tu historia, entonces?

–No es una historia...

–¡Cómo no va a ser una historia!

–Porque puede ser un ensayo, un poema, un ejercicio, un retrato, una visión... –aclaró el anciano.

–Muy cierto –dijeron todos.

–Entonces, ¿de qué va tu escrito?

–De lo que estoy leyendo ahora.

–¿Y qué estás leyendo ahora?

–Nada, no quiero leer nada más que lo que escribo.

–¡Cómo no vas a leer! Eres muy joven aún, te queda mucho por leer. Cada autor va aportando una pincelada a nuestro talento –agregó con verdad y sabiduría el director.

–Pero es más importante darnos una pincelada de nosotros mismos. Me esfuerzo en borrar las frívolas experiencias de mí mismo, olvidar las sentencias de los libros y los malos consejos. No se trata de escribir, es sobre *no* escribir, es eso, es lo contrario, no es sobre el decir, sino sobre el callar. Escribir sin leer, crear de la nada... escribir sin vivir, sin experiencias, en completo aislamiento, sólo así se puede “crear” verdaderamente. La hoja se pliega sobre sí misma y se llena, se satisface, se aniquila y se recrea. Ese es el verdadero arte, el de la abundancia del silencio, la armonía del vacío, el resplandor de la nada. Como un ciego que puede pintar la más compleja perspectiva o un sordo que logra los ritmos certeros de la música, así quiero ser yo, escribir sin leer, delinear la experiencia sin haber vivido nunca.

–A veces siento que nos tomas el pelo –dijo indignado el director.

Sólo la señora y el anciano parecieron rechazar el comentario.

–Habla como si estuviese dormido aún –se burló el de los ojos claros.

Gregorio pensó en Gabriel.

–La verdad es que yo no estoy muy consciente de lo que estoy diciendo.

Todos rieron, menos el anciano.

La conversación se desvió a Borges y el joven quedó en un extraño estado de trance. “Aquí hay algunos que están muy despiertos. Ese es el problema. Estar demasiado despierto no ayuda”. En estas cosas siguió pensando, hasta que pareció como si despertara súbitamente. La reunión había acabado. Se levantó sin despedirse y salió disparado.

Entonces...

La noche era ancha, como el desierto, pero la cúpula estelar estaba contraída, desinflada como una flácida tripa. Gregorio sintió un extraño escalofrío al darse cuenta de que las calles estaban solas, como si del mundo los humanos hubiesen desaparecido. La luna llena estaba muy baja, inundándolo todo con su luz plateada. No había colores, solo gris azulado, pero aún en la palidez de la noche se sentía encandilado. Un chirrido lejano detrás de él atrapó su atención cortándole el aliento y helándole la sangre. Era un auto que escuchaba acercarse por la vía: una fiera de hierro acechando. Al girar para verlo, el monstruo de acero sobre ruedas le hizo un cambio de luces y a él se le antojó que el demonio le guiñaba los ojos con maledicencia, resonando el acelerador. Fue como si hubiese sentido un choque eléctrico en sus nervios. Comenzó a correr jadeante al sentir que el auto estaba acercándose más y más como un depredador sin titubeos hacia su presa. Despavorido, cruzó fuera de la

vía principal, hacia las calles interiores. Retumbaban sus suelas en la cúpula celeste, que se había inflado como un globo desde adentro mientras la noche se encogía, apretujándolo contra las casas enrejadas de la callejuela en la que se había metido. El auto había seguido de largo, pero lo había arrojado a un laberinto macabro y ennegrecido. Por ahí también se llegaba a casa, pero es más escabroso el camino, no es el camino recto: el miedo lo había empujado al sendero torcido.

“¿Dónde estarán todos?” se preguntaba con la mente temblorosa y el pecho estremecido, porque todas las casas parecían deshabitadas. Tenía una extraña sensación, muy alarmante, muy agobiante y le era familiar esta sensación, esa angustia le era conocida, pero no sabía de dónde ni cuándo, estaba sintiendo algo que ya había sentido, pero no sabía qué significaba ni en qué otra ocasión lo había sentido, sólo sabía que era algo alarmante, pavoroso, terrible. Gregorio casi se cae de espaldas del susto cuando estrepitosamente un perro se lanzó gruñendo sobre la reja contigua a la que

iba caminando. El animal rabioso y él se miraron a los ojos. De los múltiples pliegues de su hocico arrugado brotaba un líquido como la clara de huevo y de su imponente cuello musculoso salía un rugido como el de un terremoto. Dentro de sí, Gregorio le rogaba desesperado “No vayas a ladrar, por favor, te lo ruego, no vayas a ladrar” ... y ladró. Como tres cañonazos, tres ladridos rompieron la noche. La cúpula reventó como un globo en estallido funeral. Todos los perros salían de sus puestos a ladrar. El estruendo del rugido se acrecentaba, se arremolinaba y crecía. Pequeños y grandes, encadenados o sueltos, los canes se batían frenéticos ladrando ante el olor del miedo. Los ladridos se acumulaban uno sobre otro en los ecos de la noche, que caía sobre él como una manta arrojada por la Luna. Las rejas de las casas aplastaron al joven, quien no tuvo más que correr lleno de horror y desesperación. Huyendo a toda prisa, sentía que los demonios se liberarían y le darían caza. Lo derribarían y devorarían... algunos estaban sueltos...

Extraviado en un laberinto de calles estrechas y casas enrejadas, huyendo de los perros y del manto del cielo que caía sobre él como una red, Gregorio llegó a su casa perseguido por una sombra canina que le amenazaba los talones. Esa rara sensación de que todo eso ya había pasado, que todo esto era un recuerdo de algo que ahora estaba viviendo. Al llegar a casa se sintió aliviado de la noche opresora, pero el horror entró con él. También la casa estaba sola. Se sentía amenazado por las paredes, especialmente por las esquinas: donde dos paredes se unen con el techo. No había líneas paralelas ni rectas. El pasillo era como un túnel ovalado, así como los umbrales de las puertas. Al atravesarlo a oscuras extendió sus brazos para tantear ambas paredes, le parecía que estaban muy lejos, que sus brazos se alargaban varios metros. El agua le supo amarga, la habitación era inmensa o minúscula según él respiraba y la cama no se le antojó rectangular, sino un trapecio, como toda la habitación. Se acostó tanteando ambos lados del lecho con los brazos. Su corazón palpitaba fuerte. Con los ojos abiertos veía

luces amarillentas agitándose en todas direcciones que asemejaban las burbujas del agua que hierve. Al cerrar los ojos, miles de figuras horribles como una tenebrosa sinfonía lo arrullaron hasta dormir.

9. El dolor de la alienación

Gregorio tenía una repugnante sensación de grima. Era como si al entrar en las reuniones de *La casa de las letras* un salitre que contamina allí el aire se prendiera de su cuerpo y le causara una alergia molesta. Estaba el resto de los días como un perro recién bañado y perfumado que en la menor oportunidad y con obstinación, se revuelca en el polvo, enardecido y malhumorado. Aunque cueste creerlo, había casi memorizado el discurso de Alejandro. Analizaba cada giro, cada fórmula, como un espadachín analiza los movimientos de su rival. De alguna manera, lo asimilaba, aprendía de él, aunque luchando,

intoxicado. “Esta vez no voy a abrir la boca”, se decía, “debo cerrar mi maldita bocota y escuchar, así quizá le saque algún provecho”.

En *La casa de las letras*, todos estaban muy conversadores y animados cuando entró Gregorio, pero al verlo más de uno suspiró, como diciendo: “le cayeron moscas a la leche”. El director no asistiría, así que el casero estaba a sus anchas. Hablaban del poema “Romance sonámbulo” de García Lorca. Ese era el tema de la noche. El poema trata de un contrabandista que, a caballo, llega moribundo a despedirse de su amada, pero la encuentra muerta, flotando en un pozo. La poesía es célebre por el impactante verso: “verde que te quiero verde”.

Gregorio tuvo que hacer grandes esfuerzos para guardar sus opiniones durando largos minutos. Los allí reunidos interpretaban esto y lo otro del poema. Alejandro, el amo de llaves, “el portero” –como lo asumía Gregorio para sí– elaboró un discurso en torno al color verde y su lugar en la literatura y la vida del

autor. Gregorio masculló en voz muy baja, como para que nadie lo escuchara: “si yo tuviera que conocer la literatura universal y la vida del autor para entender uno de sus poemas, diría que no tienen ningún valor”. Algunos notaron el balbuceo del joven, pero por ningún motivo le iban a dar cuerda... salvo el de la barba cuidada, de labios rojos como la fruta:

—¿Decía algo usted?

—Sólo que quien busca es porque aún no ha encontrado.

Entonces interrumpió uno que Gregorio nunca había visto:

—¿No puede ser simplemente que “verde que te quiero verde” sea una cuestión “musical”, es decir, sin significado, como la canción: “nuestro amor es azul como el mar azul”?

En Gregorio estalló una carcajada como un globo que hubiesen pinchado.

–Para mí –dijo otro– es que está muerta, eso es claro.

Todos parecían estar de acuerdo.

–En mi humilde opinión –comenzó a decir el de los ojos claros y pelos en el pecho– verde no sólo es el color de la muerte, sino también el color de la naturaleza, de las ramas movidas por el viento... se trata del renacer, la primavera.

Todos quedaron gratamente sorprendidos, aunque no muy “aclaramos”. El apuesto joven no dijo más, sino que guardó un solemne silencio, actuando a ser sabio.

El anciano, verdadero sabio, comentó:

–¿Qué hay de la frase “el barco sobre el mar y el caballo en la montaña”? Me resulta interesante esta frase. Porque el poema dice:

Verde que te quiero verde.

Verde viento. Verdes ramas.

El barco sobre la mar.

Y el caballo en la montaña.

–Claramente son él y ella –apuntó certero el encargado. Ella flota en el agua como un barco y él anda corriendo y a caballo en la montaña.

Otro se apresuró a preguntar:

–¿Por qué se llama *Romance sonámbulo*?

–Por que ocurre en la madrugada –dijo Alejandro.

Hubo un largo receso que Gregorio no pudo soportó más.

–Mi papá leía ese poema siempre, lo tenía en la mesa de noche. Nunca lo entendió, tampoco.

–Un momento, ¿tu papá que no quiere que te hagas escritor, tenía un libro de García Lorca en la cabecera?

–Pues sí. Entre sus temas está la muerte como un sueño, quizá por ahí venga lo del sonambulismo:

*ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,*

con ojos de fría plata.

El verdadero drama, sin embargo, es el del padre, esa es la parte que más me atrapa del poema, que más resuena dentro de mí.

—¿Ah, sí?

—Lo que siempre ha quedado dentro de mí, más allá del verde, es la respuesta de “pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa”:

Si yo pudiera, mocito,

ese trato se cerraba.

Pero yo ya no soy yo,

ni mi casa es ya mi casa.

Porque ambos amantes siguen siendo lo que siempre fueron hasta su muerte, ella soñando en la mar amarga y él herido en su caballo. Puede que incluso en la desesperación haya querido ser otro, morir siendo otro, para estar junto a ella. Pero no morirá como otro,

morirá como él mismo, así como ella murió como debía morir, cada uno siendo lo que son. Esa es *la tragedia*, no poder huir de ti mismo: el barco no puede navegar en la montaña, ni el caballo cabalgar en el mar. Pero el padre dice “yo ya no soy yo”: Ese es *el sentido de la tragedia*. El primer significado es que las cosas son lo que son, pero está también la otra cara de la tragedia, lo otra necesidad: el padre que deja de ser él por la pérdida de su hija. El poema trata sobre la tragedia de ser lo que somos, pero también de dejar de ser lo que somos y por ello versa sobre el *tránsito*: ella está muerta, pero soñando, él está vivo, pero muriendo y el padre ya no es él mismo. Mientras su hija y su amante se encuentran a sí mismos en la muerte, él se pierde a sí mismo; *al consumir ellos su destino han sentenciado a otro*. Él padre no puede decir “verde, que te quiero verde”, porque el padre la quiere “con la cara fresca, con el pelo negro”, no la quiere soñando, no quiere que sueñe la mar amarga.

–La alienación del dolor...

–¡No! ¡Por qué no entienden! –gritó Gregorio- ¡No es la alienación del dolor! ¡Es *el dolor de la alienación!* De perderse a sí mismo, de exiliarse a sí mismo, de dejar de ser. –Hubo una pequeña pausa antes de recuperar la cordura. La audiencia estaba interesada, pero incómoda– También me recuerda la imagen de Ofelia muerta, pero puede que sea pura especulación. Cuando alguien ha visto la pintura de Ofelia muerta, ¿no se imagina a la gitana sobre el rostro del aljibe? Está como envuelta en el verde del líquen y el follaje. Y lo central en Ofelia es la muerte del padre... También Hamlet dice: “ser o no ser...Morir es... dormir... Nada más. Morir, dormir, tal vez soñar”. La muerte es un sueño. ¿Lo es acaso también la vida? No, “pero debería serlo y quizá alguna vez lo sea”.

Gregorio pareció estar realmente perturbado al hablar. Todos quedaron pasmados.

La conversación con los demás se fue por los derroteros del sueño y de quién fue primero, Shakespeare, Novalis, Calderón o Lorca. Pero Gregorio no pudo

volver, sus ojos quedaron “de fría plata” porque pensaba en lo que había dicho que, la verdad, era la primera vez que lo escuchaba.

Al terminar la reunión lo abordó la señora y le dijo:

–Cuando salgo de aquí y voy en el auto te he visto caminado por la calle X.

–Sí, vivo allí.

–Yo paso por ahí, déjame y te llevo –y fue una orden que no pudo negar, porque no deseaba encontrarse de nuevo con los perros.

Se subió incómodo al gran sedan de la señora. Le pareció de lujo y comentó:

–Lindo auto.

A la mujer le causó gracia.

–Sabes, muchacho, hoy me convenciste. Tu interpretación del poema me gustó mucho.

—¿Usted también lo ve así?

—No... no puedo verlo, no entiendo lo que dices, pero me suena bien, no es que sean palabras bonitas... es algo más y siento que tú sí puedes entenderlo, lo percibo... no sé. Uno sabe que algo es valioso cuando se queda con uno, incluso si no lo entiende, es como: “quizá algún día lo entenderé, algún día me servirá para algo”. Es lo que creo que le pasa a la gente con el poema de Lorca, hay algo y tú lo descifraste para ti, para las cosas que ahora te obsesionan... quizá en unos años, cuando cambies, lo verás diferente. Yo ahora me llevo tu interpretación, tampoco la entiendo, pero quizá esté pronto el día en que la entienda, a la tuya quizás antes que a Lorca, no sé a cuál de los dos...

—Es aquí.

La mujer estacionó el auto, pero no se despidió de inmediato, sino que se dispuso para unas palabras finales:

–Yo llegué a la literatura por mi papá. Él tenía el don de la palabra... yo sé que no te gusta que le digan palabras, pero tú me entiendes. Mi papá siempre tenía las palabras correctas en el momento correcto, también recitaba poemas, también recitaba a Lorca. Escribió algunas cosas, pero más allá de todo, su gracia era la conversación. Él como ningún hombre que he conocido sabía conversar. Dialogaba como un sabio porque sabía escuchar y acompañarte. A todos nos inspiraba. Él siempre decía que los escritores son los que mejor conversan, que los libros dialogan con uno. Yo le preguntaba por un libro cualquiera que sabía que él ya había leído y él decía: “es sordo, no escucha” o “es maravilloso, le conté mi vida” y yo nunca entendí del todo qué quería decir. Pero me fascinaba tan sólo escucharlo entonar su voz, no por su voz, sino por cómo te tomaba de la mano con ella y te invitaba a danzar, te arrullaba y dormía.

La señora quedó en silencio conmovida. Continuó diciendo:

–Tú me has traído de nuevo su recuerdo y te lo agradezco. Seguro que le habría encantado conversar contigo –le dijo mirándolo con dulzura. Luego, miró a través del parabrisas como al fondo de un pozo y se dijo en voz alta a sí misma: “pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa”.

Gregorio no sabía que sentir.

–Así como tú me has dado algo hoy, así quiero darte yo algo a cambio –continuó la mujer– porque recibimos en la misma medida en que damos. Así que “toma ahora, en agradecimiento, una pequeña verdad ¡Yo soy bastante vieja para ella!” Hazla madurar dentro de ti, como haces con lo demás: *vas con mujeres, no olvides el diálogo*.

–Gracias –le dijo algo tímido y se bajó sin despedirse.

Entonces Gregorio se dijo a sí mismo: “vas con mujeres, no olvides el diálogo... quizá algún día lo entenderé, algún día me servirá para algo”.

10. Vigilante en el sueño

El resto de los días previo a la próxima reunión, Gregorio había cambiado de idea con respecto a la vigilia. Estar muy despierto no era lo que buscaba. Con esta conclusión en mente sucedió un hecho singular que le dio un giro trascendental a sus meditaciones y escritos. Una noche intranquila, Gregorio soñaba que estaba perdido en un solitario paraje donde, a pesar de no haber paredes ni techo, había muchas puertas y escaleras. En busca de algo por allí, bajando y subiendo, entrando y saliendo, buscando algo perdido que no sabía que era, se halló sacudido por el sonido de tres disparos a lo lejos. Eran tres estallidos de otro mundo que penetraron fantasmales en el sueño, de tal modo que se dijo a sí mismo “un momento, esos no son disparos, son ladridos...” De este modo tuvo la asombrosa epifanía: “son los ladridos del perro del vecino... estoy soñando”. Vio a todas partes y creyó ver al perro de esa noche de pesadilla: con los pliegues del

hocico escurriendo clara de huevo. Así despertó. Pero no súbitamente, sino despacio. Como si se desmontara en cámara lenta el escenario onírico y allí estaba, en su cama. El perro del vecino volvió a la ladrar. “¡Estuve consciente en el sueño!”, se dijo asombrado. Vaya logro, lo que parece imposible, una contradicción: La vigilia en el sueño. Ahora todas sus fuerzas se dispondrían a despertar en sus sueños. *Despertar soñando para olvidar el desdén del día, soñar para olvidar el mañana.*

Un día soleado, Gregorio penetraba sus pies haciéndolos girar en la arena. El sol bañaba con su luz las olas que agitaban sus reflejos como una dulce melodía. Entonces se dijo para sí: “Un momento, no puedo estar en la playa, estoy soñando”. Miró a todas partes y todo era como un recuerdo vago de su infancia. Despertó, de nuevo, poco a poco. El agua del mar se fue recogiendo, como un manto tirado desde el horizonte y el sol apagó su brillo progresivamente. Habiéndole pasado una segunda vez, quedaba demostrado que no

se trataba de un evento aislado, ilusorio. Gregorio podía entrar en consciencia en sus sueños. Era sólo que le faltaba practicar. Su incredulidad lo hacía corroborar de la manera más torpe que estaba soñando: despertando. Debía seguir firme a su convicción de que el sueño puede vivirse a plenitud, que no necesita del día. Pero, el escenario de los sueños le resultaba vacío. “Mis sueños están como mi mente, carentes de ideas, ¿de qué me sirve soñar en este caso?”.

Así continuaron las noches. Gregorio pensaba que lo lograba, que estaba por alcanzar la lucidez, pero se resbalaba y despertaba con una agitación de su pierna que buscaba un peldaño entre las sábanas. Se despertaba dormido, se trasnochaba de día, hacía vigilia en el sueño.

Un día se acostó Gregorio pensando que podía hacer cualquier cosa en un sueño, *cualquier cosa*. No podía ni imaginar lo que haría: “quizá pida hablar con Dios, o quizás pida no despertar jamás”. Andaba entre una multitud, en el centro de la ciudad, le parecía un sitio

lejano y las personas eran como zombis. “¡Estoy soñando!” se dijo a sí mismo “ahora puedo hacer lo que sea”. Entonces vio a lo lejos un policía y lo llamó:

–¡Ey! ¡Paco! ¡Ven acá!

El policía vino obediente.

–Dame 20 mil – porque en ese momento se le ocurrió que era lo más extremo que podía hacer: pedirle dinero a un policía llamándolo “paco”. En efecto, le dio los 20 mil.

–¡Ahora lárgate! ¡Vamos, no te quiero ver! –decía muy feliz y riendo.

Pero no había dado dos pasos avanzando entre la gente cuando pensó con gran dolor:

–¿De qué me sirve el dinero en un sueño?

Y dejó caer el billete con gran pesar.

Otro día le resultó a Gregorio la cosa más extraña. Porque al estar soñando entró en consciencia, pero contuvo su impulso de despertar y siguió con el discurrir onírico, que es errante y nublado por naturaleza. Tenía la sensación de estar viviendo su sueño a plenitud, de aquí para allá, consciente, o relativamente consciente, porque no era como estar totalmente despierto, sino más bien como en un estado de ebriedad. Deambuló de aquí para allá por calles y reuniones, escaleras, multitudes, conversaciones, salones, etc. Pero al despertarse todo lo que pudo recordar era que había soñado que estaba consciente en el sueño, pero esto no le bastaba para recordar su contenido. Debía estar consciente, pero, además, estar consciente de que estaba consciente para luego poder recordar lo que experimentaba.

De todas estas cosas se daba cuenta al llevar a cabo sus experimentos oníricos. Gregorio aplicó la metodología de levantarse a mitad de la noche a escribir justo lo que acababa de soñar. Allí, en ese estado de “recién

despertado” que se llama *la inercia del sueño*, el joven elaboraba cada disparatado detalle de una larga cadena de sucesos que él mismo dudaba haber experimentado en el sueño de esa forma. Continuó experimentando con los sueños hasta que concluyó que: si se está completamente dormido y no meramente dormitando, los sueños conscientes le resultaban breves, como la experiencia de recordar un lugar o un momento de la vida, un evento. Al despertarse justo en el instante en que estaba consciente del sueño era como si pudiese reconocer todo un largo discurrir de peripecias relacionadas con ese momento que había quedado en la memoria. A Gregorio le parecía que era como si sólo pudiese soñar conscientemente el equivalente a un minuto. Pero que luego la mente se encargaba, en otro plano paralelo, de interpretar dicha experiencia, dándole vida. De esta forma, interpretó el conocido fenómeno de tener un largo sueño en un período corto de tiempo. Era como si un recuerdo trajera adherido consigo toda una serie de experiencias, pero era sólo ese recuerdo el que había experimentado consciente en

el sueño. Así fue también como Gregorio comenzó a experimentar la obra: como un solo momento que debía despertar en el lector, si era que realmente iba a tocar su alma, toda una serie de pensamientos, recuerdos, experiencias y expectativas. Es de esta forma que un tomo, unas pocas páginas, pueden contener la experiencia humana en su totalidad.

Aunque no estaba demasiado emocionado con la idea, Gregorio se creía todo un onironáuta y con ello también sentía que quizá podía lograr un entendimiento que valiera la pena. Había aprendido a soñar, a estar consciente en el sueño y a despertarse lentamente, con la mayoría de los recuerdos intactos, aunque breves. De lo que no se percataba era que no sólo de sueños vive el dormir. Que de tanta vigilia en el sueño estaba dejando de descansar. Porque el verdadero descanso es el del sueño profundo, el dormir sin sueños, despreciando el desdén de la luz, el agrídulce sabor de la experiencia. Y es que, en el fondo, iba entendiendo que ese era todo el sentido de los sueños, toda su función, toda su agonía:

hacernos dormir profundamente. “Soñar no es más que las historias que nos contamos para quedarnos profundamente dormidos”.

Así se debatía Gregorio en sus adentros siempre, despreciando lo que por momentos lograba valorar. Son los giros del iluminado. Razón tenía; razón tenía en valorar. Razón tenía; razón tenía en despreciar.

11. Las cosas que sienten los despiertos

Aunque había pasado unos días muy agotadores y sin descanso, por esta vez, Gregorio se dirigió resuelto a *La casa de las letras*. Había quedado con la sensación de que había triunfado en su última visita y sentía que hoy triunfaría de nuevo. Cuando entró, ya se disponían todos a tocar el tema del día: los personajes. Gregorio tenía su pensamiento claro sobre este tema, o por lo menos así lo creía él. Sólo era cuestión de esperar en silencio un atolladero, entonces él sacaría toda la

discusión de su sitio con una interpretación radical e inesperada. Al llegar, notó algo extraño, como si hubiesen estado hablando de él, porque se notaban cortados, como cuando él está, pero apenas acababa de llegar. El director iba diciendo:

–En fin, la musa es el personaje de mi poesía, Beatriz, pero yo, como poeta que canta y se desdice por su amada, también soy otro personaje. Pero, para hablar del personaje clásico, el del desarrollo, no en la lírica, sino en la prosa, aquí tenemos a Alejandro.

–Muchas gracias, estimado. Sabias, breves y sublimes palabras, como siempre. –comentario que Gregorio no supo cómo interpretar: si dirigido a la ocasión que había tenido el director o anunciado lo que él mismo iba a decir– Somos personajes todos de nuestras vidas. Entendemos a los demás también como personajes de la nuestra y a nosotros como personajes de la vida ajena. Cada uno cumple un papel con cada cual y así tejemos la comedia humana. La experiencia de dar vida a un personaje es la más grande de todas las

experiencias que un artista puede sentir –continuó grandilocuente Alejandro-, nos hacemos creadores de la vida y dueños del destino. Sí, podemos hacer que el personaje resbale en la ducha y muera desangrado, si así lo deseamos, pero no podemos hacerle decir cosas que no quiere. Es la paradoja de la creación de personajes. Cobran vida y se dejan o no se dejan hacer ciertas cosas según sea su temperamento, sus experiencias, en definitiva, su historia. ¿No es así? –preguntó retóricamente al auditorio, pero posando su mirada altanera en Gregorio. Éste, que había llegado resuelto y con confianza le respondió:

–¿Crees que sabes geografía porque puedes decir las capitales de los países? ¡Qué estupidez! Es aquel que toma con sus dedos el orbe entero como si fuese una fruta y dejando hundir sus uñas puede decir: “sí, está bueno, este mundo está listo” o “no, no está listo, aún le falta madurar”: Ese es el geógrafo verdadero, no anda ciego por los surcos de la tierra como una hormiga por las grietas de una pared.

Esta vez nadie miró a Gregorio, nadie rio tampoco. Fue totalmente ignorado y Alejandro continuó con su presentación.

En la tanda de preguntas, la señora indagó “¿cómo haces para trabajar los personajes?”. A lo que el grácil y experto joven respondió:

–Puedo decir que, al escribir mi trilogía que en total tiene casi novecientas páginas...

–¡Novecientas páginas! –exclamó Gregorio, pero Alejandro lo mandó a callar con un soberbio gesto y nadie volteó a mirarlo, permanecieron inmutables, sólo el joven fanático de Stephen King se rio mirando al suelo.

–...es fácil perder la cuenta de qué ha hecho quién – continuó el de la barba-. Así que elaboro unas hojas de personaje, donde voy reseñando los momentos más significativos de la experiencia de cada uno...

La conversación siguió por allí. Cada personaje tenía un papel claro, estaba bien descrito físicamente, sus

gustos, su familia, sueños, experiencias, etc. Gregorio estaba consternado por el comportamiento de la gente hacia él. Por otra parte, tenía cosas que decir sobre el concepto de personaje, pero no veía la manera, porque todos estaban hablando sobre cosas que para él estaban muy alejadas del tema. Así que abruptamente rompió el coloquio preguntado.

—¿Puedo decir algo?

—Adelante.

—Yo creo que existen sólo dos personajes. El personaje principal y el personaje secundario.

—Dos “tipos” de personajes querrás decir.

—No, *dos* personajes dije y eso quise decir. Estos son: el autor y el lector. Cuando el escritor escribe él es el personaje principal y el lector el secundario, pero cuando el lector lee él es el principal y el autor el secundario.

Gregorio se quedó esperando el asombro del público presente, pero era como si no hubiese dicho nada.

–Muy bien... –dijo Alejandro con ánimos de continuar ignorando a su rival.

–¡Prosigo! –zanjó Gregorio altivo y siguió diciendo– El resto son voces que escuchan tanto el autor como el lector. Nosotros mismos, en nuestras cabezas nos hablamos con voces cambiadas y estos son los que luego se convierten en los llamados personajes y se los atribuimos a quienes nos rodean. Pero en el fondo sólo están el autor y el lector que, en principio son la misma persona y de allí, como de un proceso cósmico van surgiendo las manifestaciones de las ideas del autor en la mente del lector, porque no se trata de personajes, sino de ideas. Incluso cuando actuamos nosotros mismos. Porque el personaje es el que actúa de una determinada manera movido por ciertos ideales o ideas.

–De acuerdo –dijo el casero y siguieron conversando sobre lo mismo que venían conversando.

Gregorio paseó la mirada sobre todos los presentes y sólo por un breve instante el anciano lo miró con un gesto casi telepático: “cálmate”. El joven dudaba si debía irse de una buena vez y no volver más o quedarse hasta el final para encarar a los sabios. Pensando esto llegó la hora de la salida. Se dispuso a salir tan rápido como pudiera, pero el director le hizo señas de que se esperara.

Pareció amable y le preguntó:

–¿En qué andas filosofando ahora, muchacho? –Pero esto lo decía porque quería esperar a que se vaciara la sala, que lo hacía con premura.

–Pues.... Que hay mundos dentro de mundos, algunos indiferentes entre sí, pero ¿qué pasa cuando se solapan dos mundos indiferentes, pero a la vez heterogéneos, hasta contradictorios? Se juntan sin decirse, se mezclan sin callar. Ese es el estado del sueño a la vigilia.

Es alejarse de uno mismo a la vez que te acercas, como andar en círculos...No es el sueño ni la vigilia, sino el tránsito del despertarse y el de caer dormidos. ¡Ahí está la clave!

Sólo quedaban el director y el anciano. El primero comenzó a decir:

–Gregorio, no dudo de tu talento, pero me confundes... y eres un poco pesado para los demás, nos abrumas un poco.

A lo cual el joven respondió:

–“Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos”.

–Te das cuenta. Déjame decirte algo...

–¡No! ¡Yo te voy a decir algo!

El señor suspiró y dejó caer los hombros mientras fijaba la vista obstinada sobre el muchacho.

–¿Recuerdas lo que dije sobre las voces de los personajes? –continuó impertinente.

–Sí –agregó el señor mayor con desdén.

–¿Qué haces con la voz que te reclama, que te azota y te incita, te conmueve y te asfixia?

Los hombres mayores quedaron en silencio.

–¿La callas? ¿O la guías? No es lo que diga, es cómo lo diga; no es el significado, es la referencia. ¿A dónde apuntan mis delirios? Él cree que le apuntan a él, ella cree que le apuntan a ella, y algunos, como tú, más despiertos– dijo señalando al anciano–, saben que me apuntan a mí. ¿Por qué temer entonces a un perro que pelea con su cola? ¿Por qué no admirar allí la estructura del pensamiento y del universo entero refiriéndose a sí mismo?

–Vivimos en una sociedad...

–¡Escritores! ¡Intelectuales! ¿Viviendo en una sociedad? ¡Que contrariedad! Una sociedad de

universos, ¿en qué momento se dan la mano? No son más que velas dejando ver sombras por la noche, cuando la realidad es el día. ¿La sociedad? Que un pensador se deba a la sociedad lo hace corrupto como un político....

–Corres el riesgo de quedarte solo sin que nadie te escuche ni pueda apreciarte.

–Lo sé.

–No vale la pena. Dispón tu espíritu a madurar

–Árbol en el bosque...

El director hizo un gesto de desgano. El anciano dijo:

–Muchacho, sigues mezclando buenos pensamientos y malas palabras... pareces agotado.

–¡Joder, qué no son las palabras!

–Ciertamente, ¡es la conducta! –aclaró con vehemencia el director.

El anciano toma a Gregorio por el hombro y le acercó su rostro todo lo que pudo con actitud de hacer una gran revelación, de contar un secreto profano:

–Descansa. Creo que es mejor que no vengas la próxima vez.

El joven no se lo esperaba y quedó perplejo. El anciano continuó:

–Nos podemos seguir viendo tú y yo, pero no acá con el grupo, se sienten incómodos, ellos tienen su forma de trabajar, podemos vernos el próximo domingo en el café X, ¿te parece?

–Está bien... -dijo con la mirada en el suelo.

–No quería incomodar... pero... ¿es definitivo?

–Sí, definitivo –irrumpió sentencioso el director que había estado como ausente mientras el anciano se encargaba de él.

Gregorio se levantó para tomar su bolso y chaqueta, al momento que el anciano agregaba:

–Pero el domingo estaré allí para escuchar cómo sigue derrumbándose ese árbol que insiste en talarse a sí mismo en soledad.

–Gracias, viejo –le dijo repitiendo el gesto de tomarle el hombro, pero sin mirarlo a la cara, que se le había caído y que no intentó recoger como había hecho con sus cosas.

Al ir atravesando el vestíbulo principal, derrotado y cabizbajo, en el umbral de la salida lo esperaba el caballero campeón, el de la barba cuidada. Su pose era la de un Adonis soberbio e imponente. Le habló a Gregorio de esta manera:

–Lo propio de un verdadero escritor es llegar al corazón de las personas, entregarles algo que les ayude a encontrar el sentido en sus vidas. Eso se logra con una buena historia, una que se corresponda con los personajes cotidianos de nuestras vidas. Pero tú sólo quieres hablar de complejidades tan abstractas que resultan vacías para cualquier mortal como nosotros

que apreciamos la belleza del vivir y no las absurdas confusiones crípticas que a ti te obsesionan.

Gregorio tomó aire para hacer frente a lo que le parecían calumnias sin fundamento, pero no dio con más que tartamudeos, se quedó con su respuesta en la punta de la lengua. Al verlo confundido su rival agregó:

—¿Sabes que piensa Francisco?

—¿Te refieres al fanático de Stephen King? No me interesa.

—Dice que todo tu asunto es la sublimación del despertar de la adolescencia y que por ello eres incapaz de abordar *cierto tema*, tan siquiera nombrarlo, por tanto, tu obra está condenada a ser incompleta, incomprensible e inferior y por ello nunca a nadie le agradará leerte.

De nuevo a Gregorio se le enredó la lengua, como si Alejandro tuviera una fuerza oculta que le impidiera discutirle. Al ver que no tenía nada que decir le cedió el

paso bajo el umbral, señalándole la salida. Al pasar junto a él sólo pudo decir:

–Adiós, vigilante guardián... –y se quedó allí por un breve instante, con un bocado de aire que no dejó salir ninguna idea más. Hubiese querido decir algo como “Sea este el día en que de la casa de las letras... No, mejor: de la casa se fue...”, en fin, no le salió nada.

Caminó hasta su casa. Hacía frío y caía una lluvia ligera. Su mente estaba en blanco, aniquilada. *El rechazo, esa cosa de sociedad, de las cosas que sienten los despiertos.* En los faros de la calle, observó a las polillas que se arremolinaban y pensó “La mariposa nocturna vuela atraída por la luz artificial, se agita torpemente dando tumbos, se abriga con electricidad y se ha perdido, no tiene color. Esa es una criatura de la vigilia, revolotea en un faro junto con otras chocando con el sol fabricado y se dice: es duro y es nuestro. Y cuando llega el día duermen en una oscura habitación,

tras una puerta cerrada, sin dejar pasar el sol”. Muy distinta es el ave que ha sido enjaulada. Despierta no hay muros que la engañen ni barrotes que la apacigüen. Sabe dentro de sí de la migración, del viaje largo, de sus alas, de un más allá de un océano que no conoce, de la soledad, del infinito. “Pero aún enjaulado” pensaba— “aún arrastrando las alas”.

12. ¡NO!

Gregorio había entrado en un profundo desdén. Las palabras del sabio le habían aconsejado descansar. Si no descansamos, envejecemos, pero no maduramos. El joven hasta ahora, en lugar de dormir, soñaba; en lugar de soñar, abría los ojos; en lugar de escribir, pensaba; en lugar de pensar, se sentaba, para luego acostarse. Sí, era un perro persiguiendo su cola. Esa noche se embriagó solo en su pieza y escuchó música muy fuerte con audífonos. Por fin yació cuan largo era en su cama individual. La gracia del sueño profundo: Tenía la cara escurrida, se cubría la frente y los ojos con el antebrazo, casi con el codo. La boca abierta dejaba escapar un débil ronquido. Sin duda, por fin reposaba. Se le podía ver creciendo. Sus brazos y piernas se estiraban un poco saliendo de la cama, haciendo rechinar sus huesos, dilatando sus músculos, tensando sus ligamentos. Sus cabellos crecieron al igual que sus uñas y se puso más oscura la sombra del bozo. En las canillas

el vello se ennegreció, la manzana de Adán se inflamó levemente. Sus párpados se hicieron un poco más gruesos y la piel cambiaba su equilibrio, dejaba de estar tersa y se aflojaba leve. Habían pasado cinco meses de arduas labores, pero cuando se cumplen dieciocho años, en una noche profunda se puede crecer y madurar más que una vida.

Al levantarse el día siguiente, era como si no recordara todo lo sucedido en los últimos meses. Hubo silencio en su interior. Despeinado, repasó la cola de descargas que tenía tiempo sin ver y halló un juego que le había interesado. Lo instaló y se dispuso a jugar. *Jugar para negar el desdén del día, jugar para negar el mañana.*

Era un extraño juego *underground* que tenía un misterioso culto alrededor de él. Se decía que el juego era imposible ganarlo. El lema de su comunidad de ludópatas seguidores era: “perder es divertido”. Al principio, la pantalla estaba llena de extraños símbolos coloridos. Muchos signos de puntuación de distintos lenguajes como cedillas y raras tildes, asteriscos,

barras, números y demás símbolos. No se utilizaba el ratón, sino que se introducían comandos con el teclado. Comenzaba el jugador siendo un punto titilante en medio de la pantalla, rodeado por este extraño universo de signos dispersos. Durante largo rato, Gregorio no sabía qué hacer. Buscó en internet cómo se jugaba, pero las instrucciones eran confusas, si es que es mejor decir que no había instrucciones. Cada foro o cada página se devanaba en complejas reflexiones muy difíciles de comprender. Se dio cuenta de que aún sin hacer nada, el juego sería único y sucederían cosas extrañas, difícilmente comprensible. Aunque no se interactuara de ninguna manera con el juego, ciertos valores a la derecha de la pantalla se actualizaban, era algo parecido al paso de tiempo, como la noche y el día. Para muestra del tipo de “ayuda” que encontraba al respecto, esto halló sobre el movimiento:

Hay tres tipos de movimientos en el juego: los de la voluntad, los del pensamiento y los del cuerpo. En los primeros niveles, ninguno de los tres funciona por separado. Alcanzando niveles

superiores al 50 y dependiendo de una multitud de factores, es posible que algunas de “las tres voluntades” (como le dicen algunos) reaccionen de forma independiente. Recordemos que por encima del nivel 50 y hasta el 70 está el 4% de los jugadores, y más allá del 70 el 0.4% según los informes de Bb87. La motricidad cambia también si es la noche o el día (que en el juego corresponden con el verano y el invierno). También influye si estás en el subsuelo o cerca de algún volcán sagrado o cosa por el estilo (véase “Lugares sagrados”). En todo caso, el movimiento no es espacio-temporal, sino de una naturaleza distinta, más bien *transformacional*. Si hubiese desplazamiento, cosa que podría no suceder, si el mundo que nos ha tocado es vacío (véase “Tipos de mundos” y, especialmente, “Mundos transgresores”), el desplazamiento sería un cambio corporal y una correspondiente redistribución de los elementos en el mundo. En algunos mundos y con los avatares correctos es posible romper esta barrera luego del nivel 50, como ya se dijo, en cuyo caso el desplazamiento pasa a ser de total movilidad espacio-temporal. Algunos vuelan y hacen piruetas hasta morir. Miknitias56 reporta haber sido comido por un sapo gigante luego de haber alcanzado el nivel más alto de pericias voladoras jamás visto. Según mi opinión, el sapo no era gigante, él era minúsculo, se había transformado en mosca.

Gregorio revisaba su tabla de comandos y comenzó a combinar las de la voluntad con los del cuerpo y el pensamiento. La mayor parte del tiempo no pasaba nada. La pantalla seguía mostrando sus periódicos cambios. Pero a veces sucedía un extraño cambio.

Podías acercar o alejar la vista. Así como mover la vista a cualquier lado. El mundo parecía infinito, pero, ¿cómo saberlo? Nadie tenía la respuesta porque hasta ahora nadie había llegado a un punto en que se detuviera la visión. Quienes cavaban aseguraban que habían cavado miles de niveles hacia abajo, pero tarde o temprano morían antes de hallar el fin. La primera muerte de Gregorio fue muy especial y le causó mucha impresión. Al ir retrocediendo y apartándose de su centro, el punto en el que debía comenzar, explorando las inmediaciones y luego las inmensidades incomprensibles a su alrededor, sucedió que vio lo más lejos que pudo, un extraño movimiento, como una ola que se acercaba en vaivén. Al comienzo pensó que era algo así como una energía cósmica, porque estaba a muchísima distancia de centro del juego. Pero la energía parecía entonces avanzar sin tregua cercando el universo entero. A su paso todos los símbolos desaparecían y eran sustituidos por una especie de cielo estrellado. Iba haciendo *zoom in* en la medida en que se cerraba el mundo sobre él y así fue durante casi

seis horas, al cabo llegó hasta los alrededores cercanos y todo desapareció quedando de fondo un infinito cielo estrellado: *GAME OVER*.

Así continuaron los días y Gregorio fue como despertando en este nuevo mundo. Aprendió a armonizar las tres voluntades y entendió las consecuencias de no hacerlo. También aprendió a alimentarse nutriéndose, porque algunas cosas no eran buenas, bien porque causaban la muerte o porque descomponían el equilibrio de las voluntades. Esa era la primera etapa del juego. Para alcanzar la segunda etapa tenía que superar el nivel 10. En ese nivel aparecía un “sí mismo como otro”: otro yo aparecía en el mundo y la interacción con el jugador era de lo más extraña. Este era sin duda un cruce de caminos. Dependiendo de cómo se trataba esta nueva existencia, los niveles del 11 al 49 serían de una forma u otra. A veces ambos elementos quedaban perfectamente armonizados y giraban alrededor del otro como estrellas gemelas. Así ascendía al siguiente nivel como

en un orden universal y se creaba completa una galaxia de voluntades emparentadas. Pero esto sólo le había pasado una vez. El resultado más típico era llegar al Caos y sálvese quien pueda. Algunos afirmaban en los foros del juego que habían alcanzado una “trinidad” previo al nivel 11 dando lugar a un mundo completamente distinto, un juego diferente. Los que había superado el nivel 50 aseguraban que era el mismo resultado. Es decir que desde el nivel 10 se podía alcanzar el 50 si se lograba la trinidad. Gregorio lo logró sólo una vez, pero perdió al instante de una forma divertida. Los jugadores más experimentados decían que el juego realmente comenzaba en el nivel 70, que allí se veía con total claridad. Sin embargo, las tres voluntades seguían vinculadas y cualquier intento de mover el pensamiento o el cuerpo o la voluntad por separado era la muerte segura, pero también había una oportunidad de trascender y si moría en el intento, sería una muerte divertida, ya lo sabía. Pero las mayores dificultades llegan luego del nivel 10, cuando parecía que ya estaba entendiendo de qué iba el asunto,

era como si se despertara al mundo de las infinitas voluntades. Había muchas cosas que se podían hacer ahora. Muchas de las otras voluntades eran dominantes y nada más de alcanzar el nivel 10 te absorbían, lo cual era como una especie de secuestro y esclavitud. Las primeras veces no lo entendió así, no entendía nada, sólo que todo había cambiado. Pero no había cambiado ni una sólo regla, la diferencia era que ahora actuaban varios.

Durante semanas, jugó día y noche. Al cerrar los ojos veía titilando su yo pixelado y su voluntad humana sólo apuntaba allá donde las tres voluntades virtuales lo llevaban. Viendo los *streamers*, se dio cuenta de que había una “interpretación canónica” del juego, según la cual había un aventurero, héroe inicial, creador de las razas: enanos, humanos y elfos. Todo el juego consistía en esta pugna y en mantener el equilibrio cósmico. Pero también había otras interpretaciones. La que más le gustó a él era la que decía que se trataba de la conciencia y sus distintas etapas. Pero, ¿cómo era

posible esta variedad de interpretaciones? Gregorio comenzó a escudriñar y dio con que el juego *no era sobre nada de esto*, eran simplemente funciones matemáticas escritas en un programa que había sido el ejercicio rechazado de un joven de 18 años de la facultad de ingeniería de la universidad. Había estado haciendo pruebas de ciertas funciones recursivas y le aplicó interactividad y una interfaz. En realidad, sí, el algoritmo consistía en el sostenimiento de cierto equilibrio, pero este se iba determinando en la medida en que pasaba el tiempo y había interacción. Era como un modelo de vida, pero muy abstracto. Aun así, los ludópatas creían que versaba sobre elfos, enanos y humanos, y la verdad es que les quedaba bien. Nadie, sin embargo, conocía los algoritmos. Nunca nadie había visto el programa que era un secreto celosamente guardado por su joven creador. La literatura sobre el tema era... ¡vaya! Había una wiki completa de artículos esotéricos que trabajaban en torno a la supuesta programación del juego.

Por unos días, Gregorio se olvidó de jugar y comenzó a estudiar el juego. Se decía que estaba escrito en lenguaje C. Pensó que quizá hubiera sido mejor comenzar con un juego escrito en lenguaje A o B, y luego ir incrementando la dificultad de manera progresiva. Así pasó que Gregorio quiso, luego de semanas de jugar, aprender lenguaje C para entender cómo se había desarrollado el misterioso juego y quizá él hacer el suyo propio. Descargó los libros, visitó las páginas, vio los videos, escribió en los foros, en fin, se involucró en ello. Su espíritu parecía ir despertando. Parecía que se aceleraba su mente mientras descubría un mundo enteramente nuevo de fórmulas, métodos, reglas, variables y constantes. Parecía bien encaminado. Había estado practicando con un pequeño programita con el que se interactuaba de manera primitiva.

Se había convertido en una criatura de la noche. Al cerrar los ojos, cuando estaba todo oscuro, podía ver los símbolos del juego como si estuviesen grabados con

luz por detrás de sus párpados. Resultaba un regodeo maravilloso para él esa visión que se mantenía incluso con los ojos abiertos contra el cielo resplandeciente. Eso lo constató una vez que vio el cielo azul en todos esos días, porque el resto era comer en su habitación y jugar hasta el amanecer. Incluso una vez jugó dos días consecutivos sin dormir. En su cabeza ahora veía fórmulas, soluciones, variables, estructuras de control, todo tipo de abstracciones simbólicas inspiradas en el juego y la programación. “He aquí el arte puro” se decía “la forma de toda la existencia, de la vida y el universo todo”. Esas eran las revelaciones que se daba a sí mismo con varias horas de tranocho y obsesiones pixeladas. Al cabo de un mes de estar jugando y programando /* o quizá jugando a programar */ pensó animado que tal vez debería estudiar ingeniería en computación para dedicarse a hacer videojuegos y olvidarse de ser escritor.

En el transcurso de esos días, el padre había preguntaba un par de veces por el escrito, una de esas veces incluso preguntó si estaba yendo a *La casa de las letras*. El muchacho mentía diciendo que iba todo “bien”, pero sólo le interesaban los colores vivos de los extraños símbolos y las complejidades recursivas del nuevo mundo del juego y la programación.

Entonces un día, luego de que superara un difícil nivel del videojuego, se encontró con el papá atravesando el pasillo de la casa y allí le dijo animado.

—¿Sabes qué papá? Tienes razón, debería estudiar ingeniería...

Pero antes de que el terminara de decir lo que iba a decir, el padre grito fuerte y severo:

—¡No!

Lo miró con ojos encendidos, lo tomó por ambos brazos con fuerza y lo empujó contra la pared, su espalda golpeo fría el pasillo.

–¡No lo vas a hacer de nuevo! ¡No! –y con este otro “no” lo golpeó de nuevo contra la pared.

–¡Vas a terminar lo que empezaste! –Le gritaba furioso– de lo contrario no vas a ir a la universidad, ni vas a ser escritor, ite vas a ir de esta casa!

Sólo entonces lo soltó.

Gregorio quedó tembloroso en el pasillo, su madre se había asomado desde la sala. Él la miró con ojos llenos de lágrimas, pero ella se escabulló dándole la espalda. El joven volvió a su alcoba.

–Igual yo no quería ir a la universidad... –masculló.

Estaba como impregnado de una extrañeza olfativa. Mientras su padre lo azotaba contra la pared, sintió una débil náusea, un olor putrefacto y odioso que asoció con su padre en ese momento y nunca más pudo olvidar. Padre e hijo no se dirigirían la palabra en los próximos meses.

Inmediatamente, se sentó en el computador y dio la orden de formatear el disco mientras azotaba el teclado contra el escritorio como su padre a él contra el pasillo había azotado. ¿Perderá toda la información? Sí. Eliminó no sólo el juego y las últimas partidas, una de las cuales llevaba más de 50 horas acumuladas alcanzando el nivel 34, sino también todo lo escrito que no tenía respaldado en ninguna otra parte salvo en papel. Así, dejó el computador trabajando en su propio olvido y tomó todos los papeles con fuerza en su puño irritado y salió con ellos.

Dentro de sí hubo una encarnizada lucha. De los ojos le saltaban a veces lágrimas, a veces improperios de sus labios, a veces se golpeaba a sí mismo fuerte en la cara y el brazo, que enrojecido por sus propios azotes aplastaba los papeles mientras andaba por la calle peleando contra sí mismo como un hombre lucha contra un enjambre de abejas.

–¡Maldita sea! ¡Maldito sea yo! ¡Maldita mi vida!
¡Malditas mis palabras! ¡Maldito tú, pensamiento

incapaz! ¡Maldito tú, corazón débil! ¡Maldito tú, cuerpo indigno! ¡Maldita sea la vida y maldita la muerte!

Seguía andando y cruzando las calles sin mirar ni saber dónde andaba. Hallando un basurero arrojó allí los papeles y los incendió. El fuego subió con una lengua acerrada y él tuvo el impulso de poner la mano, pero inmediatamente se fue temiendo represalias de la conflagración.

–Eso no vale nada, eso es papel, de eso hay más en la casa. Es sólo un árbol inmolándose a sí mismo que por fin vuelve al sol de donde viene. No es nada, esas eran palabras que son viento y van al viento. Si realmente las escribí yo, podré volverlas a escribir, y si es que me la susurraba al oído una musa, podrá susurrármelas de nuevo, porque un verdadero artista es inmortal, no puede ser quemado por el fuego, como el fénix, su obra vuelve una y otra vez, si no en mis alas hoy, mañana en mis cenizas.

III. UN SER SIEMPRE TODAVÍA

13. El goce de la alienación

Así fue como un domingo por la tarde Gregorio vagaba por las calles sin obra ni juego. Vaciado, como si recién hubiese vomitado, irrumpió en la desierta sala de su mente una vocecilla amable recordando: “hoy es domingo, el anciano te espera”. Luego de una gélida pausa, en su desolado escenario mental sonó otra voz rotunda y desilusionada: “ha pasado mucho tiempo, ya ni sé cuánto, no creo que me espere”. Pero la voz tierna replicó: “¿qué cosa mejor puedes hacer?”. Hizo un esfuerzo por hallar una excusa, pero no la encontró: había borrado el juego del disco duro, acababa de quemar su obra luego de que su padre lo maltratara, su padre seguía en casa, era un hermoso día, era la hora justa, estaba rondando cerca del café del encuentro...

–Está bien, voy a ir.

Sintió entonces que su escenario mental volvía a conformarse con solemnidad. La vocecilla se oía haciendo a gusto todos los preparativos para el encuentro. Iba con la frente en alto, con el pecho inflado, con olor a humo y cansado de tanto caminar. Llegó al café. Al acercarse vio al anciano sentado. “Vaya, está ahí...” Entonces dudó... “quizá no deba entrar”. Había reblandecido la marcha hasta casi detenerse por completo, y le dio un vértigo terrible porque sentía que, si daba un paso más, si ponía ese pie por delante, iba como a caer, pero sentía que, si daba un paso atrás, si se detenía y retrocedía, iba a caer también, así que era como estar en la cuerda floja, de todas, todas: caer; el asunto era cómo caería. Prefirió seguir con la inercia: caer de frente y continuar.

Al verlo, el anciano se mostró muy alegre y esto halagó mucho a Gregorio quién a su vez se alegró.

–Creo que llegué con algo de retraso... –dijo avergonzado.

–Varios meses –replicó el anciano con una sonrisa sincera.

Pensando que era un reclamo contestó:

–Me dijo el viernes, pero no me dijo cuál.

–Sí, te dije el próximo.

–¿Ah sí? Déjeme ver... –Gregorio examinó capítulos atrás– eh... sí, cierto.

–No me molesta, tenías que tomarte tu tiempo, pero yo ya no tengo mucho tiempo...

Al joven le cayó mal el comentario y respondió:

–¡Como va a decir eso! Capaz y me voy yo primero –masculló para sí.

–A ver... cuéntame, ¿cómo va tu escrito?

–No tengo ningún escrito.

El anciano pareció indignando y levantando un brazo a la altura de su hombro en señal de extrañeza preguntó:

–¿Cómo es esto?

–Lo quemé.

–Tendrás una copia en el computador...

–Lo borré.

–¿Piensas continuar?

–Fue culpa de ese Alejandro... me lanzó un conjuro, un maleficio de “nudo en la lengua”. Fui a *La casa de las letras* a saquear algo y el guardián me robo todo... y antes y después mi padre me condenó, me ató, nunca voy a poder ser libre.

–Aún podemos conversar, ¿sigues siendo tú? ¿Mantienes ese flujo dentro de ti, la creación? ¿Por qué no me haces un repaso de todo hasta el día de hoy?

–No tengo nada que decir. Estoy en un limbo. Faltan tres meses para entregar y no tengo nada. Es como si el silencio hubiese llegado antes de tiempo.

No dijeron nada por varios minutos.

–¿En qué momento sentiste que estabas más cerca de lograrlo?

Gregorio se dio un tiempo para pensar.

–Hubo dos momentos dentro del texto y uno fuera de él.

–Muy bien...

–El primero fue cuando entendí que la historia servía a la idea, por lo tanto, podía tomar cualquier historia, ahora sólo faltaba la idea. El segundo momento fue cuando, por unos días, me obsesioné con el sueño lúcido, creía que la idea surgiría de allí.

–¿Y fuera del texto?

–Cuando hice la interpretación del *Romance Sonámbulo*.

–El dolor de la alienación, ¿me equivoco?

–Tiene toda la razón.

–Pero luego el idiota de Alejandro me dijo que Francisco, ¿sabe quién es?

–¿Va a las reuniones? Sí.

–Pues entre él y Alejandro se encargaron de rematarme.

–Estás aún en la trama, pero entiendo que quieres superarla, es una búsqueda digna, pero sigues aferrado a ella. Si conviertes a Alejandro en tu archienemigo, tendrás que enfrentarte a él y derrotarlo, pero te extraviarás, porque de eso no trata este escrito. Debes dejarlo atrás. No aparecerá más en tu historia. Ves lo que sucede con la gente, que como dijo con razón él mismo, viven sus vidas como una historia y por eso se buscan rivales y aliados secretos y todo lo demás.

Queriendo trascender la historia, has caído en ella. Ahora tienes ese cabo suelto allí. ¿Querrás saber más de él? ¿Querrás encontrártelo?

– ¡No! No dedicaré ni una línea más a ese imbécil... O quizá sí... si es mi historia, puedo hacer lo que quiera...

– “Hacer lo que uno quiera” ... no te creí capaz de decir algo tan vacío como eso. Te desconozco.

Gregorio bajó la cabeza, humillado.

– ¿Cómo puedo ser libre de la trama? El lector me rechazará, ¿cómo puede vivir su vida sin ser su propio héroe? ¿Si no triunfa frente al mal, frente a los que lo humillan y se burlan de él?

– Ahora piensas en el lector.

– Estoy extraviado, ¡guíame!

– Cuando alguien pide que lo guíen, es porque está perdido.

–¿Ya? ¿Es este el final de la historia? ¿Ya me perdí a mí mismo? ¿Era así? Pensé que el silencio vendría luego de morir estallando como una supernova.

–Ni es la historia, ni el escritor, ni el lector. No son las palabras, ni un mensaje que se teje con ellas. Es una sola mente que se libera, que deja de cantar su gesta indigna para escuchar más allá del silencio.

–Ahora sólo tengo pensamientos equivocados...

–Sí, pero con palabras sinceras.

–Pensamientos equivocados con palabras sinceras y pensamientos correctos con las palabras equivocadas... Ir por la vida queriendo forzar una historia que nos hemos impuesto, ¿es eso lo que somos? Adormecidos, estamos expectantes de que se resuelvan los cabos que nos hemos empeñado en dejar sueltos. En lugar de atarlos todos y cerrar el círculo, somos andrajos. No hemos superado la primera persona, seguimos esperando que aparezca papá por la puerta, mamá se manifieste, el hijo cambie y regrese. Cosas de novela,

cabos sueltos. La vida como una trama... una trama mala. Y malos actores somos, también. Eso fue lo que me enseñó Alejandro, que era un actor perfecto, el caballero dorado y apuesto. Se inventó la historia de derrotar a un vil y oscuro troll y lo logró. Eso me enseñó y yo se lo agradezco. Adiós, Ale, si te vuelvo a ver, quizá no te recuerde. Si hay algún personaje más en esta historia de la vida quisiera decirle adiós ahora que puedo, porque pronto no habrá personajes ni trama, pronto llegará la plenitud, *la perfección de la vigilia en el día y el sueño profundo por las noches*. No tenemos derecho de crear nuestras historias, pero somos libres de decir: no actúo más, iyo no soy yo!

–Oye, ¿a qué venía Francisco?

–Él dijo que había cierto tema que no tocaba, que no mencionaba... y que eso me estaba sentenciando.

–Ah –dijo secamente el viejo, haciendo entender que sabía de qué estaba hablando.

–A qué conclusión llegaste, ¿llegaste a alguna? –
continuó el anciano.

–Que los sueños sólo sirven para hacernos dormir
profundamente.

El anciano quedó perplejo.

–¿Eso es de tu propia cosecha o lo leíste en algún otro
lado?

–Lo descubrí por mi cuenta. Pero usted sabe, ya todo
está dicho. Quizá lo escuché en alguna parte y lo olvidé
para recordarlo sólo cuando tuvo sentido para mí
¿Estaría de acuerdo conmigo? Por más que lo intenté
nunca pude tener un sueño con contenido, una
experiencia onírica significativa. Intenté hablar con
Dios, intenté hablar con usted, con mi madre... incluso
con mi padre. Anduve por extraños pasajes, leí
escrituras arcanas, escuché música desarmónica, volé
como un ave y como una mosca, pero nunca recibí nada
que merezca recordar. Voy de aquí para allá y nada me
satisface, nada me hace feliz. *En un sueño, bebes*

extasiado con la esperanza de estar satisfecho, pero despiertas con la boca seca. Es un horror –terminó por decir con desprecio.

El viejo se sorprendió gratamente, en ese instante fue como si la luz iluminara sólo a Gregorio dejando todo lo demás en penumbras, como una roja flor en medio del verde follaje. El anciano lo vio brillante, de una profunda honestidad, de una gracia torpe, de irritable ternura.

–Muchacho, puede llegar pronto el día en que te conviertas en escritor. Pero debes escribir y así lo harás, porque por algo has venido. Todo lo que tienes que entender es un concepto muy abstracto: el de la justicia. Mientras estés en la trama no podrás captar la belleza, porque como un cuento de hadas, la trama apela a la justicia y esta quiere imponerse.

–La tiranía de la justicia.

–Debes librarte de ello, es todo. Así te convertirás en escritor. Verás más allá de las palabras y tendrás un

pensamiento completo que comience y termine justo donde empezó.

–Tengo que entender la tiranía de la justicia para poder librarme de ella... pues... la verdad creo que ya voy entendiendo este juego. ¿Y a dónde habré de llegar, a un pensamiento mudo?

–“Según parece, la escena muda contiene el argumento del drama”.

Quedaron un rato en silencio.

–¿Por qué estoy haciendo esto?

–Estás cerrando el círculo

–Pero, ¿sabe a lo que me refiero?

–Todo, Gregorio. Todo movimiento hacia adelante no hace más que ir hacia atrás. Todo movimiento hacia la superficie no hace más que sumirnos en las profundidades.

–Si... vivir es morir de a poco... ¿Y qué sentido tiene eso? ¿Por qué me siento la única persona en el mundo pasando por esto? Me siento mal.

–¡Siéntate bien! –le dijo el anciano riendo al verlo desparramado en su silla.

El joven se incorporó pidiendo disculpas.

–Y usted... ¿sigue yendo a las reuniones?

–Tienes que tomar la decisión de dejar eso atrás...

–Sí, sí, ¡claro! ¡Era una broma!

Luego agregó:

–Es raro, porque siento como si hubiese cambiado en este tiempo.

–Yo te veo muy diferente. Creo que te veo más alto.

–¿Sí?

–Sí, Gregorio, porque quieres vivir y lo estás haciendo; *aquellos que viven plenamente cambian, nunca son*

ellos mismos. ¿Vas a intentarlo? ¿Te reunirás conmigo? ¿Nos leeremos?

–¡Sí! Me gustó lo que dijo: voy a seguir viviendo, voy a seguir cambiando siempre, inunca seré yo mismo! A todas estas, “perderse es divertido”.

–Entonces, ¡hasta la semana que viene!

–¡Hasta la semana que viene, amigo mío! – se despidió contento, como raras veces se lo veía, e igual de contento el anciano estaba, como rara vez se lo vio.

Gregorio se fue ligero a su casa tarde, luego de recibir la noche afuera, comió con gusto y escribió.

14. Adormecido en su jaula

A la semana siguiente Gregorio se encontró con su nuevo amigo en el lugar de costumbre.

—¿Qué me vas a enseñar hoy, viejo?

Así saludó al anciano esa vez. Éste le respondió de inmediato:

—Un pastelero hace un gran esfuerzo en preparar 350 tipos diferentes de bombones y se los ofreció a un hombre afortunado. Éste fue directo a los de avellanas y allí se instaló hasta que se los comió todos. El pastelero estaba profundamente indignado y ofendido, pues el comensal rechazaba su ofrecimiento de las adicionales variedades de bombón de avellanas de las que disponía, por no hablar de los otros cientos de variedades más. Pero el hombre insistía: “Esto es lo mío, a mí me gusta este”.

–¿Qué está queriendo decir? ¿Qué yo le estoy rechazando algo?

El anciano riendo agregó:

–El buen sentido del humor es una gracia que acompaña a los sabios.

–¿Cuál sentido del humor?

El anciano rio de nuevo. A Gregorio le pareció todo tan extraño que preguntó:

–¿Estoy soñando?

–No, no estás soñando.

–Ah... aprovecho entonces para preguntar: ¿Por qué no podemos ver con los ojos abiertos?

–Sabes lo que pasa, muchacho, que nuestros juicios son tan sólo los desenlaces de largos procesos que suceden en nuestro interior. Pero cuando hablamos, sólo manifestamos la conclusión y no las premisas que nos han llevado hasta allá. Es por eso que, si no explicas

cómo llegaste al resultado de que no podemos ver con los ojos abiertos, no puedo sino asombrarme ante tus palabras.

–Ah sí, je, je, cierto...

–Tenlo presente, sobre todo para los próximos capítulos. La ambigüedad, oscuridad, vaguedad o cómo se le llame, no tiene nada que ver con ocultar cosas. Debes dejar claras pistas de lo que quieres decir, porque si no, lo que sucede es que no estás realmente *escribiendo*, sólo apuntas conclusiones que luego ni tú mismo podrás entender. Escribir es dar las pistas necesarias para reconstruir todo el proceso que nos ha hecho llegar a las ambiguas y movedizas conclusiones a las que llegamos.

–Vale, vale, vale, ya entendí, no tiene que escribírmelo todo... A lo que iba... ¿A qué iba con eso? ¿Qué fue lo que dije? Perdí el hilo...

–Preguntaste por qué no podemos ver con los ojos abiertos.

–¿Fue eso? No tengo idea de qué quise decir...

–A ver déjame pensar... –dijo el anciano.

Estuvieron un rato largo cada uno girando la mirada de un lado a otro y poniendo la boca en posiciones extrañas como si comieran caramelos.

–Quizá tenga que ver con la fe –dijo el anciano.

–¡No, para nada!, nunca he tenido un solo pensamiento sobre ese tema...

–A mí me lo parece. Para creer no basta ver lo que está ante los ojos, hace falta ver más allá, hay que cerrar los ojos.

–¡Eso! Cerrar los ojos... dormir... soñar... alucinar. ¡Alucinar! ¿Por qué no puedo ver las cosas que pienso que veo?

–¿Las ves cuando cierras los ojos?

–Viejo, con mis respetos, pero... Con los ojos cerrados no se puede ver.

–Ciertamente, en ese caso imaginamos.

–¡Eso es! Creo que lo que quería preguntar era eso, ¿Por qué no puedo imaginar con los ojos abiertos?

–¿Te das cuenta?, estás mirando.

–¿Se fija?, de nuevo *la luz nos ciega*.

El anciano rio y azotó el aire delante de sí con la palma de su mano quitándole la mirada al muchacho. Luego preguntó:

–¿Cómo va tu escrito?

–Mi personaje cayó en un pozo y no quiere salir. Intenté con unas pinzas y luego con migas de pan y bombones.

–¿No escribiste más?

–Sí, me estoy esforzando ahora en pulir las palabras del adormecimiento.

–¿Cómo es eso?

–Estoy pensando en tenderle una trampa al lector, porque, ¿sabe qué?, me he puesto a ver y cuando uno llega al estado del adormecimiento en la lectura pasa que los ojos no descienden a la siguiente línea, sino que, cansados, vuelven a pasar por la línea ya “leída”. ¡Ese es el momento! Leer requiere de un estado de concentración, si pierdes la concentración, los ojos van borrando las palabras y la mente reposa. Si uno es honesto, puede que intente volver atrás, quizás un par de párrafos, pero es inútil, *las palabras ya leídas pierden interés, como el alimento sacado de la boca*, se vuelven repulsivas, quieres algo fresco y crocante, quizá este capítulo esté rancio, se dice uno a sí mismo, esta página ha estado abierta mucho tiempo, se ha puesto pálida y verdosa, más vale comenzar un libro puesto pálida y verdosa, más vale comenzar un libro nuevo. Ese es el punto en que el lector debe decidir si vuelve, para o sigue sin importar que ya su mente ha reposado y sus ojos sólo rozan el papel... o la pantalla.

–Cierto. ¿Y para qué es la trampa?

–Para advertirle que *debe leer con atención las páginas que vienen. Más le vale volver luego cuando esté descansado.*

Entonces el anciano, aletargado, dio un largo pestañeo, al abrir los ojos preguntó:

–¿Es esto un sueño?

–No, son sólo manos convulsivas, mirada lejos de la pantalla y mente fría, corazón en vilo, nudo en la garganta, expectación del intelecto, concepto captado, idea fija.

–Suena bien.

–Me preocupa la crítica, ¿usted qué piensa?

–¿De los críticos?

–Sí.

–Dime tú.

–No me gustan los críticos... una vez leí uno que decía que este autor... ¿cómo se llama? En fin, cuando me

acuerde, se lo digo. Decía que este autor era mal escritor y yo que no sabía cómo diferenciar un escritor bueno de uno malo, le creí. Así que les decía a todos y a mí mismo “ja, ja, qué mal que escribe este tipo” y todos me miraban extrañados. Pero luego lo leí mejor a este autor, lo leí honestamente, lo escuché y ¡qué honesto era! Cómo se escuchaba a sí mismo, cómo se sentía anularse a sí mismo a veces, y otras veces perderse y estaba toda la riqueza de la experiencia del pensamiento en él, no como un monumento solemne, sino como una criatura libre en su plenitud. Pero el crítico no sabe de la plenitud, de la libertad, porque no es espontáneo, es un vigilante. Un crítico es un guardián, una soberbia estatua de piedra al pie de la pirámide. Está allí por la pirámide de piedra, como una piedra más que es, está ahí para ahuyentar a quienes no comprenden que la pirámide no se señala a sí misma, que lo que se señala a sí mismo en la pirámide es la inmortalidad. Los bloques y con ello el guardián no hacen más que recordarnos del proyecto, del infinito de un ocaso-horizonte.

—¿No se muestra también allí la paradoja? El crítico es un escritor que escribe sobre un escrito, lo que lo hace una sombra, un reflejo y nunca, por tanto, un escritor. Pero también, el escritor escribe sobre su escrito al escribir su escrito, es un crítico de sí mismo, su propia sombra y reflejo, y eso lo hace valioso.

—¡Que grande! En la impotencia de la literatura se revela su grandeza.

Estuvieron los dos un rato con la mirada perdida. Por un momento, ensimismado, el anciano estuvo mascando saliva, con la mirada hacia adentro y Gregorio con el ceño fruncido hablaba para sí con voz muy baja. *Quien los hubiera visto, hubiera pensado que estaban en raptó.*

—El autor es sólo la tierra donde nace la flor.

—¿No sería más bien la flor en el árbol?

—Las ideas son las que se tienen como el árbol tiene sus frutos. Es mejor decir que el autor es como el reflejo que da toda luz cuando apunta hacia algo.

–¿Y la sombra?

–La sombra es el crítico. Por ello, *una obra que desaparece sin ser leída es una luz que no arrojó ninguna sombra, luz pura, un sueño que nunca recordaremos.*

–Definitivamente estamos despiertos.

Se vieron los dos fijamente a los ojos, como si se cuestionaran. Sin quitarse la mirada, a ambos se les fue perfilando una pícara sonrisa. Gregorio estiró los brazos y dijo:

–Quizá los que escriben lo hacen porque están solos y no tienen más nadie con quien conversar. Igualmente, los que leen, quizá, buscan una buena conversación. Pero, ¿cómo puede ser el conversar una necesidad? ¿Qué es lo que satisface? Porque la comida calma el hambre, el abrigo el frío... ¿y la conversación?

–En la conversación está todo el sentido, Gregorio. Todo el sentido de todo.

Entonces recordó las palabras de la señora.

–La verdad está en el flujo permanente de la conversación –agregó el anciano–. Nunca dejes de fluir. Porque el movimiento es agilidad, es flexibilidad, y lo que es flexible no se rompe con facilidad. Pero si te detienes en algo y dejas de andar, te pones rígido y así, también quebradizo.

–Sí... el agua estancada apesta. Debo mantener mi vida eternamente inquieta. Eso es el *flow*. ¿Eso no significa también que debo claudicar?

–Quizás.

Esa respuesta hizo que Gregorio se sintiera confundido, adormecido, cansado, hastiado, fastidiado, aburrido, mareado, inerte, inútil, vacío. El anciano lo notó y le dijo:

–¡Vuela con todo y jaula, Gregorio!

15. El oráculo

La semana se pasaba rápido. Gregorio escribía con tenacidad. Línea tras línea. Diálogo, descripción, regodeo, reflexión, paradoja, maravilla, visión. Todo fluía según el contenido. Si era un contenido reflexivo, lo escribía lento, borrando palabras, buscando sinónimos, aclarando. Pero si era un desahogo lo escribía frenético, sin volver atrás. Si estaba adormecido eran las palabras del adormecimiento, si estaba despierto eran chispeantes. Si estaba molesto iban cargadas de desprecio y cada metáfora era cortante y brutal. Pero si estaba conmovido, con pensamientos demasiado grandiosos, dejaba a la musa hablar con su voz tierna, con su melodía matinal. Incluso una vez, como en un rapto, martillaron repetidamente con furia sus palabras. Ese era el espíritu del joven, como un ave pavoneando sus alas. Estaba inspirado por la alianza con el anciano. Se sentía alentado y existente, *de una sólida unidad*.

Así fue como esa semana, en un sueño, Gregorio se sentó a dialogar con el anciano. Aunque físicamente era el anciano mismo, sus gestos y expresión eran muy diferentes; no estaba calmo y paciente, sino fruncido y perturbado. Comenzó por decir cosas que él no podía entender, no porque no entendiera las palabras o el significado literal de las sentencias, sino porque no entendía la intención. Era raro porque Gregorio estaba lúcido en el sueño soñando que el anciano le hablaba como dormido: era *una aterrante imagen de dos sonámbulos conversando*. Entonces el anciano lo toma por el hombro y le acerca su rostro todo lo que puede con actitud de hacer una gran revelación, de contar un secreto profano, así comenzó a decir:

-Debo confesarme, hijo. Yo me comencé a escribir a mí mismo sin entenderme, sentía un vacío inabarcable dentro de mí que parecía tener un misterioso significado inefable. Traté con distintos medios de darle forma, pero sólo encontré palabras igual de

vacías que mi alma. Entonces me encontré con otra alma que me contó su propia historia, me dijo que sentía una voluntad indescifrable, una espera eterna, una constante insatisfacción y que halló alivio en las más profundas reflexiones y más sinceras conversaciones con un maestro que dialogó con él y le enseñó un día el camino contándole de cómo él se escribió a sí mismo un día en compañía de otro que un día le contó de la espera, del *infinito espejo de confesiones*, de la elevación y la redención sobre lo cual en vigilia y en sueño había hablado con el corazón su amigo un día que le contó de la vigilia, el noctambulismo y el abandono de sí mismo y de otras cosas que descubrió al conversar con alguien más...

Y así siguió soñando Gregorio en esta cadena infinita de confesiones sonámbulas. A menudo dejaba de soñar, pero volvía de nuevo al sueño que se remontaba más atrás una y otra vez en confesión tras confesión. En el tránsito del sueño a la vigilia, al ir despertándose, insistía en continuar con esta secuencia, porque sabía

que había algo en ella. Entendía que la confesión era una doble herida y un doble regalo. El que se confiesa escribe su historia y el que es confidente recibe una historia y al enlazarse de esta manera, ambos colman su vacío. Ese entrelazamiento no era geométrico, sino orgánico, cíclico como un fractal recurrente e inagotable, una fuente de sabiduría eterna, inmemorial, nunca la misma, siempre única e irrepetible. Y mientras más la soñaba, más se adentraba en ella, más comprendía. Algunas confesiones eran breves, otras largas; algunas comprimían en sí al universo entero, otras eran como una red infinita, otras eran solmenes y profundas, pero breves y fragmentadas, todas ambiguas y misteriosas, como los designios del destino revelados por un oráculo y cada una desde lo lejos era como una torpe pincelada que en conjunto tejían un embrollo tan hermoso que sólo por ello tenía el más inconmensurable valor.

El domingo en la reunión, el anciano exponía:

—¿Quieres ser un productor del mundo de las ideas, no un mero consumidor? Una vida no es más que la recreación constante de ideas preexistentes. Si existe el Mensaje, es la idea de todas las ideas, pues entender en qué consiste el Mensaje es tanto como darle sentido al universo entero: es verlo frente a ti como una flor en el fondo de un pozo. Las ideas comunes deben ser recreadas, pero el Mensaje es una idea que sólo puede ser creada, el que tiene el Mensaje se convierte en creador, se libera.

—A veces me he concentrado en ser creador a partir de la nada. Dejo mi mente en blanco intentando llegar a una visión. Otras veces intento imaginar con los ojos abiertos, hacer aparecer un objeto frente a mí. Pero no me ha servido de nada esto, no tengo cómo decir cosas con sentido de esas visiones y tampoco he podido tomarlas como una revelación porque, aunque son visiones, no llegan a ser alucinaciones. Algo parecido a lo que me pasó con los sueños.

–Sí, esto está muy bien. La cuestión es poder enseñar lo alcanzado. Esto es intrínseco al Mensaje, tiende a querer reproducirse, a ser recreado. Si con el contenido no viene de suyo ese deseo comunicativo, esa compulsión de mostrarse, no se puede desarrollar por completo el Mensaje.

–Es como un parásito enviando sus huevos a todas direcciones, ino somos más que huéspedes! Mensajeros llevando una infección. Con razón y no importa el mensaje, ies una trampa! ¿Para qué la vida quiere comprenderse a sí misma?

–Esa es también una idea, la vida. Al final, uno se da cuenta de que el bien, la belleza, la libertad, la verdad, estas cuestiones, no son más que la idea de la vida, del vivir, y allí se revela que la vida es también una idea, es el Mensaje mismo... La vida, en toda su concreción, no es más que la idea de todas las ideas, el sentido de la búsqueda del sentido, un círculo perfecto, la figura divina. Es un silencio y ese el Mensaje que llevan los mensajeros.

–Pero aún tengo dudas ¿Por qué existe el Mensaje?

–¿Preguntas por qué existe el silencio? ¿Están preguntado eso?

–No... eso no se puede preguntar.

–Ya lo ves.

–Es una anulación...

–Es un punto, infinitamente pequeño, sin dimensiones, el centro del círculo alrededor del cual nuestros sueños giran inquietos.

–Como moscas...

–Las ideas se concentran todas en un solo punto... un yo, una aniquilación, *un no-ser*, el silencio. La *consciencia* es el reconocimiento de uno mismo; la *autoconsciencia* es el desconocimiento de uno mismo, el abandono de sí mismo. Entendemos que uno debe ser algo que *todavía* no es y es *siempre* así.

–¿La autoconsciencia es un estado, quizá? Pero, en ese caso, ¿un estado de alerta o de reposo?

–Trasciende la alerta y el reposo, es un punto externo, como una tangente que roza un círculo: la verdadera flecha que acierta en la diana al superarla.

–¿Y qué tiene que ver esto con el dolor y la redención?

El viejo permaneció callado. Gregorio captó el silencio *imperturbable*.

–Pero eso no explica por qué duele...

–Si no tuvieras hambre, ¿comerías?

–Las ansias están para ser aniquiladas... el hambre para dejar de tenerla... Los buenos sueños para dormir profundos, las pesadillas para despertarnos: de nuevo la paradoja.

–No hay ninguna paradoja en el hambre, son tus palabras.

–Pero sí hay una aniquilación en la verdad.

–Que el sanador también está herido.

–¿Cómo puedo sacarme yo mismo del mar halando de mis propios cabellos?

–No se sacan conejos del sombrero.

–¿Qué sentido tiene toda esta vaguedad?

–El escritor es un oráculo, tiene respuestas para todo, incluso para eso que no tiene respuesta, tiene algo que mostrar si no lo puede decir. Como todo oráculo, es ambiguo y oscuro, porque el buen arte es resbaladizo. ¿Por qué? Por dos razones: porque la naturaleza misma de las cuestiones que toca lo obligan a ir en zigzag, a señalar un amplio espacio que sólo se puede insinuar aventurándose en él, y porque el que lee busca respuestas y debe hallarlas en sí mismo, así que la obra debe ser maleable, debe quedar abierta, para que quien la aborde pueda atesorar algo realmente en ella.

–Abierta... como un vaso, un contenedor.

–Exacto. Y también vacía, para que la llene quien tome de ella.

–Ah... ahora creo que lo entiendo, pero a veces siento que se me va.

–Porque es así, es una verdad inútil y por eso se olvida. Pero tiene sentido verla pasar como una estrella fugaz mientras llena de vida nuestra alma.

–Qué hermosa parece la vida así, qué basta y qué ajena. Qué mezquinos somos al no darnos cuenta de que con estos torpes movimientos que hacemos no tomamos vuelo, pero movemos al universo entero...

Luego de un conmovedor silencio, el joven agregó:

–Qué tonto, porque me dieron ganas de llorar.

–Es así de breve la iluminación, tan breve como un llanto.

–Quisiera poder llorar más.

–Entonces, sé feliz.

–Tuve un sueño, soñé con usted. Se me reveló el sentido de la confesión. Es un regalo que doy al poder ser yo mismo dejando de serlo, en la integridad del vacío y el silencio de una idea que se revela en palabras. Tenemos la cura porque estamos enfermos, la revelamos porque no podemos hacer otra cosa que callar. *Descubrimos que la felicidad se parece mucho a la tristeza.*

El anciano se quedó pensando satisfecho y le dijo a Gregorio con regocijo:

–El huevo está a punto de eclosionar. El mensaje termina de perfilarse. La cura será para ambos. Mis manos dejan de sostener el tesoro; lo dejo en las tuyas. Lo entregarás como lo has recibido: con una gracia torpe.

Fue como si Gregorio *no* hubiese escuchado estas palabras, en la medida en que el anciano las decía él se representaba en su interior un huevo que estaba por

eclosionar y escuchaba dentro de sí con una voz cambiada una historia relatarse:

G quería ser escritor, era un huevo a punto de eclosionar. Pero un día llegó el padre y lo sacó de su cálido nido y lo obligó a calentarse rápido, en el microondas, donde estalló dejando un reguero de palabras. G limpió el aparato con una servilleta recogiendo todas las palabras que pudo y la llevó a los sabios. Allí comenzó a leerles:

“G quería ser escritor cuando comenzó a escribirse a sí mismo...”

-Eso es un cliché –interrumpió uno.

-Decir que algo es un cliché es un cliché – le respondió otro

-Decir que decir que algo que es un cliché es un cliché es también un cliché – agregó un tercero

Así continuaron los sabios y G se apartó de ellos.

Entonces encontró a una niña que lloraba porque no tenía nada. G le tendió el pañuelo y se fue diciendo “qué bueno que tenía esa servilleta”. La niña luego de secar sus lágrimas y limpiar su rostro posó su mirada en el pañuelo de letras y las leyó pensando que había llorado palabras. Así fue como Ana se convirtió en una gran escritora, escribiendo la historia de G.

Entonces regresó como de un sueño y al ver el rostro de serenidad del anciano le dio las gracias y se despidió. A medio camino de llegar a su casa se sobresaltó y deteniendo su marcha se dijo: “¿El curador herido? El viejo...”

16. Sonambulismo

Habían pasado un par de semanas que no iba a visitar al anciano. Trabajaba diligentemente en el manuscrito que parecía por concluir. De alguna forma sabía que ya había tocado todos los temas. Pero la fecha de entrega

lo tenía alguno nervioso e inseguro. Había aún frases a las que no hallaba lugar. Había dejado de soñar y es ese el estado en que puede suceder algo que te sorprenda, cuando bajas la guardia, cuando te rindes y dejas de ver el mañana. Así es que un día te cae el “ahora”, como un correo funeral, un obituario:

Hola, Gregorio. Te habla Fabiola, la hija de Esdras. Mi papá murió hace tres días en Barcelona, España, lugar donde vivo. Tenía cáncer. Añoraba poder morir en tu país, pero fue nuestra voluntad traerlo acá. Mi más sentido pésame.

Fabiola Jaiba

Gregorio quedó congelado por varios minutos. Por un instante se sintió tan enrarecido y nublado que creyó que soñaba. Se puso los zapatos y salió como estaba. Llegó a sentir algo de rabia. Caminó como loco y casi sin querer llegó al café donde se encontraban. Pidió una bebida mientras se decía: “¿cómo que se murió?” mientras veía vacía la silla donde siempre se sentaba él.

Allí comenzó a temblar como una hoja movida por el viento. Sintió desfallecer y volvió a casa.

– “Esdras” se llamaba el viejo ¿Cómo no sé nada de él?, ¿cómo pudo ver él en mi alma y yo verme en él y aun así no saber nada de ese hombre? ¿Habría sido un joven impetuoso como yo? ¿O habrá sido siempre un sabio? ¿Habría tenido un maestro que sanara sus delirios con palabras con sentido, o él solo se escuchó a sí mismo siempre? ¿Habría ido a la universidad? ¿Escribió algún libro? ¿Tendría un hijo que quería ser ingeniero? No sé nada del viejo, me he vuelto una obra abstracta, como dijo Alejandro, he olvidado lo que hace que la gente sea gente, lo que la gente busca en un relato. Más allá de un espejo, de un reflejo de mí mismo en él, Esdras era real y sólo ahora que me doy cuenta de su realidad se ha ido, es sólo un recuerdo ahora justo que me doy cuenta de que era de carne y huesos, una figura elegante y a la vez frágil. No le presté atención, sólo hablaba yo en voz muy alta. Lo abandoné sin cogerlo, ahora lo he hallado en la muerte.

Fueron días de un extraño luto. Un silencio triste, sin llanto ni lágrimas. Leía el correo una y otra vez. Volvió al café el domingo y pasó de largo. Hasta que al tercer día rompió el silencio y el llanto:

–Esdras, viejo, ¿dónde estás? ¿Qué será de mí sin ti? Ya no quiero ser escritor, ya no quiero ser filósofo. ¿Quién va a leerme si sólo tú podías entenderme? ¿Habras el sueño lúcido? ¿O has caído en el sueño profundo? ¿Por qué no me hablas en un sueño? ¿Era por eso que podías entenderme, por qué habías visto más allá de la muerte? ¿O es que acaso a un sabio moribundo le resultan placenteras las palabras de un loco? Voy a hacer por ti, maestro, algo que nunca he hecho, voy a escribir un poema, porque mi corazón devastado está llorando palabras:

Esdras,

Fuiste

Partero y jardinero.

Era un cielo tan brillante ese día que me vi reflejado.

Guiando mi mano, hilamos las nubes,

bordamos un sueño, reíste del mar.

No serás el último,

Esdras,

Eres.

Mis frutos son tuyos y en ellos vivirás para siempre.

Ahora sé que estoy definitivamente perdido, ahora sí que no hay historia, ni descripción ni diálogo. Sólo soy yo contra mí mismo, el papel estrujado aniquilándose, un cursor que huye renuente de las palabras sin volver atrás, sin rectificar. El cursor como el tiempo no vuelve atrás, sigue constante, pero ya no hay diálogo, no hay

historia ni descripción, ahora un monólogo, pero pronto no habrá un yo, porque ya siento mis alas maduras, mis dedos no teclean, son alas batiéndose, pero no agarran vuelo, sólo ahuyentan el cursor, sólo soy un escritor sin historia, sin texto, ni subtexto, ni entrelíneas, sólo soy un escritor como un cursor huyendo de las palabras, porque ya no tengo otro yo con quien matar ideas, porque Esdras ha muerto y yo no sabía que vivía, para mí era una idea, no era un personaje de esta historia, no tenía que tener un final, era sólo un recuerdo del viejo en el jardín, guiando mi discurso como un director de orquesta, enseñándome a hablar, y luego un día aparece muerto en Barcelona y desaparece de su puesto. De repente, un día, resultó tener un final, él también era una historia, un recuerdo, yo que lo creía una reunión, una fuerza. Está rígido, sin vida, él que me insuflara un aliento vivaz, un espíritu danzante, en movimiento, en transformación, como el fuego sin sombra, como el agua inabarcable, como el viento inestable, pero es ahora tierra, rígido, seco, sin vida, muerto. Y con su muerte, muere mi palabra, mis

dedos vivarachos son ahora dos alas crispadas. Un yo desintegrado que se abandona al lenguaje: un noctámbulo. Los ojos del lector pasarán estas líneas y entrará en *default*, reposará su cerebro, porque son las palabras del adormecimiento, rozará estas palabras porque son las palabras que rozan, no las que penetran; las oblicuas, no las verticales. Es ahora un lector de entrelíneas y no hay escritor, pues yo sólo soy ahora un observador que persigue risueño y con dolor al cursor y lo ve dejar las palabras atrás, va persiguiendo la vista sin dar tiempo de entender que luego de esa muesca pixelada no hay nada, su parpadeo es un guiño, un ojo que se abre y se cierra maquinal, un guiño industrial, de luz, un esquema, un silencio, una mera forma: el cursor pestañeando me recuerda a la muerte, ¿qué hay más allá? ¿De dónde salen las palabras? ¡Lo ves, viejo! ¡Me he perdido! ¡Por qué no me dijiste que no era yo mismo el que hablaba! Ahora he vuelto en mí y me pierdo y no sé diferenciar qué tiene o no tiene sentido: los pensamientos correctos con las palabras equivocadas, me decías, pero ya no pienso nada, soy un

pensamiento incorrecto y unas palabras erradas. La vida y la muerte son este cursor palpitante que huye de las palabras. No me quedan las palabras... Ahora *debo ser un yo dejar de siendo, un ser siempre todavía.*

Los padres susurraban, los hermanos rondaban, había una expectación porque Gregorio no salía de su cuarto. Parecía estar como sonámbulo; sus ojos hundidos, sus párpados hinchados y él que siempre fue tan entrometido y desenfrenado estaba taciturno y ensimismado. Escribía como en trance y nadie se atrevía a molestarlo. ¿Entregaría algo? ¿Lo superaría? ¿Lo llevarían al psiquiátrico?

Una noche, se despertó en la madrugada muy sediento, su boca estaba seca, impregnada de una desagradable saliva pastosa, así que se levantó en busca de un vaso de agua fresca porque hacía mucho calor también, transpiraba sofocado. Al abrir el refrigerador, notó que

estaba repleto de libros como una biblioteca. Le dio curiosidad ver esos libros helados y tomando uno, de tapa dura y de aspecto antiguo, lo abrió y vio que el autor era su padre. Comenzó a leerlo lleno de horror y rabia. Eran las palabras de Alejandro, sus sentencias y encantos. Era como una traición, una puñalada desleal. Abrió las repisas de la cocina buscando una olla grande donde meterlos y quemarlos, pero aparecían detrás de cada puerta, a donde mirara, toda la casa se iba perfilando como una gran biblioteca rebosante de tomos escritos por su padre. Comenzó una búsqueda frenética de algún manuscrito suyo quemado, pero fue tal la inmensa tribulación en la que estaba que, siendo consciente de que estaba soñando, hizo todo el heroico esfuerzo de despertarse. Lo logró. Tenía la boca seca, hacía mucho calor, “maldito sueño” pensaba, se levantó dando tumbos hasta la cocina y allí en la penumbra del comedor había alguien sentado. ¿Mamá? Pero al mirar mejor se dio cuenta de que era una figura grotesca que silenciosamente se ocultaba en las sombras. Aparentaba ser una obesa señora mayor

carente de cuello y con tono de piel gris, la nariz aguileña, los cachetes hinchados, los ojos falsos como de una muñeca. Gregorio gritó lleno de horror una y otra vez cerrando los ojos y agitándose. Se despertó. Era como haber salido de un ruidoso túnel oscuro a un espacio abierto apacible y soleado. La noche era silenciosa. Estaba sudando. Tenía sed. Le parecía raro tener esa sensación de que era de día cuando estaba todo oscuro; miraba a su alrededor la noche iluminada como el día. Estaba sentado escurrido en la sala, como dormido en el sueño. Se sintió confundido, adormecido, cansado, hastiado, fastidiado, aburrido, mareado, inerte, inútil, vacío y triste. Por fin, cálido, sintió un olor dulce, avellanado. “No estoy soñando, esto es otra cosa” se dijo. Entonces se rasgó el velo y se coló la realidad como una inundación, y fue la sensación como de zambullirse y despertar bajo el agua. Todo oscuro. En la sala. Su mejilla reposaba en el pecho materno. Se incorporó observando en la penumbra los senos de su madre a través del camisón empapado de su sudor y su

llanto. La miró furtivamente. Ella también tenía lágrimas en los ojos. Se incorporó aturdido.

–Ya pasó mijito. Todo va a estar bien –le dijo la señora con voz tierna.

Con la inercia, se fue dando tumbos a su cuarto, pero a mitad de pasillo volvió para tomar agua. Se regodeo en su frescura. Sació su sed. Yació avergonzado. Durmió profundamente.

Luego de esa noche el joven parecía recobrar el aliento, aunque había cambiado. Se le notaba diferente, como si hubiese vuelto a crecer. Todos en casa notaron su regreso incompleto, había salido del encierro con la mirada inquieta, pero con la voz cambiada, sonaba más grave, más lenta, más segura y también más ausente. Se dedicaba a correcciones de estilo, cambios temporales, malos adverbios, comas y acentos. Encajaba bien las piezas, daba retoques, lijaba, pulía, emba-

durnaba con betún y quitaba todo cuanto creía poder distraer la atención del lector.

De nuevo, no estaba en el asunto, lo había superado, pero el tiempo se acercaba y seguía con esa sensación de que el día llegaría, de que el Juicio caería sobre él. Podía estar horas sin hacer nada, sólo contemplando la pared, persiguiendo las siempre escurridizas motas de luz que se llaman “flotantes”. Cuando era niño, su papá, luego de que le insistiera por días, terminó por comprarle un telescopio que ahora reposaba enmohecido y abandonado en la parte alta del closet. En el interior del aparato había visto las estrellas como motas borrosas. Ahora pensaba que los flotantes eran rastros de esas estrellas que había visto a través del telescopio en su niñez. Aún seguía viendo estrellas movedizas y borrosas en el interior de su alma, *incluso con los ojos abiertos*.

Una de esas noches, vagabundeando en un sueño, Gregorio halló a Esdras. Al verlo lo embargó la alegría, como habiendo hallado sin buscarlo un tesoro perdido.

El anciano estaba sentado escuchando a otro que también era yo. “¡Viejo!” le gritó y él volteó a verlo haciéndole la mueca de aprobación que le vio hacer a menudo, aunque la vio esta vez también como una risa burlona. Pero Gregorio no lo tomó para mal, pues no asumió que se reía de él, sino que se burlaba de la muerte. Luego se tornó todo confuso y se vio caminando con el anciano cerca de *La casa de las letras*. El anciano era joven, de cabello y bigote negro, pero seguía con la misma ropa de anciano. Andaba con pie ligero y Gregorio le seguía como una cometa revolotea tras un niño. A punto de caer, sentía cómo tiraba de él y le hacía elevarse. A Gregorio le causaba risa, como si le hicieran cosquillas. Estaba de lo más emocionado y alegre. Fue a tomarle la mano como un niño a su padre, pero al vérsela le dio un sobresalto y lo embargó la angustia. Aunque Esdras era joven, su mano era la de un anciano, como la mano de un cadáver. Gregorio sintió un asco tremendo al ver gusanos saliendo de la manga de su camisa y comenzó a llorar de miedo y tristeza. Así comenzó a entrar en

consciencia: “es un sueño” pensó y comenzó a repetírselo una y otra vez tratando de contener su tremendo dolor y miedo. Entonces comenzó a aplicar técnicas para despertarse. En el caso de una pesadilla, como había hecho antes, la más efectiva es sacudir el cuerpo todo lo que puedas y gritar muy fuerte. Al darse cuenta de que estaba viendo al viejo desde arriba, supo que estaba por despertar, se le calmó entonces el miedo, pero el dolor se intensificó, porque estaba perdiendo la oportunidad de hablar con él una vez más. Así quedó Gregorio congelado en el aire, como una nube fija que se desintegra en el tránsito del sueño a la vigilia. Edras ya no era joven ni viejo y estaba en paz, ni feliz ni triste, porque no estaba ni dormido ni despierto, ni vivo, ni muerto. No había blanco ni había negro, ni luz o sombras o gris, sólo tonalidades de colores pasteles. Estaba haciendo equilibrio, suspendido en una cuerda a punto de ceder, de caer hacia arriba, de arrojar al día, a la inercia del sueño y de allí a la lucidez. “Por fin, maestro” sentía que pensaba, pero no decía. El maestro estaba calmado, parecía expectante

sin estar atento y también atento sin esperar nada. Ni una palabra pensó, *ninguna desilusión en la vida, ninguna ilusión en la muerte.*

Al despertarse no hubo inercia del sueño, no hizo como la moneda que girando se abate en el suelo cada vez más rápido antes de reposar, sino que súbitamente volvió en sí: pasó de inmediato al estado de vigilia. Lo cual era raro, porque durante varios días Gregorio sintió que estaba en la inercia, que aún seguía girando cada vez más rápido, infinitamente al reposo y así quedó su alma, así queda el alma de uno que detuvo el paso del tiempo, de uno que no cruzó el puente entre el sueño y la vigilia, uno que se escabulló de él por la tangente. Así permanece en el sueño, lúcido, intentando dormir, y así permanece en la vigilia, expectante del sueño. Lo peor es el silencio, que no podía contarle a nadie, porque nadie lo entendería, ni siquiera a sí mismo podía contárselo. Debía esperar por manos extendidas y un corazón abierto. Así Gregorio dejó súbitamente de hablar del asunto, se abandonó de

ese tema. Siguió de largo de luto. Estaba ya en la semana en la que se cumplía un año de haber pedido a su padre la oportunidad de ser escritor.

Esto es lo que le voy a entregar a mi padre.

17. El vagón de la muerte

Gregorio, lleno de vergüenza y extrañeza, fue a entregar el manuscrito a su padre. Entró a su alcoba un domingo, donde reposaba desnudo por el calor. Se lo quería entregar en sus manos, como se entrega un tesoro, pero el padre le dijo:

–Déjalo por ahí, que tengo las manos sucias.

Se fue directo a su habitación. No salió de su pieza hasta el día siguiente, no comió, no tomó agua, sólo durmió sin tener sueños.

Al otro día, al entrar en la cocina, su madre lo recibió diciendo:

–Hijo, buen día, ¿quieres desayunar? ¿Qué quieres?

Gregorio notó algo raro, una forzada amabilidad.

–Lo que haya, mamá, lo que halle –y dejó reclinar su cabeza en su mano, apoyando su codo en la mesa.

–Allí te dejó tu papá esta mañana.

Entonces se fijó en unos papeles que había sobre la mesa. Los tomó extrañado y leyó las planillas de aplicación para la Universidad Católica.

Sintió lo mismo que debe sentir un criminal al escuchar su ya anticipada condena, pero no lloró, lo aceptó resignado mientras pensaba: “cobarde”. Terminó de tomar su desayuno como un condenado su última cena. La mamá lo miraba de reojo, con miedo, pero también cómplice, con una secreta satisfacción que él comprendía.

Luego de comer se fue directo al patio y comenzó a hacer ruido buscando herramientas y sacando cacharros. La madre indignada se preguntaba qué iba a hacer, pero no se acercaba a indagar. Al cabo de un par de horas salió con una bicicleta, la misma que usaba cuando era niño.

–Adiós.

–¡Mijo! ¡Qué vas a hacer con ese trasto, ten mucho cuidado!

Salió de su casa andando en su vieja bicicleta y pedaleó con fuerza hasta el barrio donde había crecido. Antes de que su padre se convirtiera en gerente, vivían en una casa modesta en un barrio que circundaba un cerro. Por allí había una quebrada a donde iba con sus amigos de infancia, pescaban renacuajos, tiraban piedras a los pájaros y exploraban los atemorizantes túneles de alcantarillados. Dicha red de túneles tenía una entrada siniestra conocida entre los niños como “El vagón de la muerte”. Hasta la entrada llegó en sus dos ruedas,

rodeado del follaje, liquen y mal olor. Lo profundo del túnel era a lo que más le temía en su infancia. Una sola vez había entrado con sus amigos, y él fue la mayor parte del camino con los ojos cerrados. Había toda una legenda alrededor de esa entrada, de a dónde desembocaba, de qué pasaba con los que se adentraba allí. Tomó el bolso que cargaba consigo, sacó una linterna y se adentró. “Cuánto he crecido”, pensó al ver lo encorvado que iba, cuando de niño iba erguido. En las paredes había rallones, unos sobre otros, pero él seguía avanzando. El túnel se hacía cada vez más y más angostó. Luego de andar unas cuantas curvas a diestra y siniestra, y sin haber hallado nada más que algunas alimañas, vio a lo lejos una luz que entraba en vertical desde el techo del túnel, una entrada de luz natural, una alcantarilla. “Ahí es” se dijo. Anduvo buscando una inscripción de aquí para allá, hasta que por fin la encontró: eran cuatro firmas una bajo la otra. Allí, junto con Carlos Luís, el Catire y Gustavo, estaba él. Cuando la vio se sintió muy satisfecho. Sonrió pensando “vaya, todavía está aquí”. Se recordó con sus

amigos en ese lugar, discutiendo si debían seguir o no. Carlos Luís y el Catire decían que sí, pero Gustavo y él, no. Así que decidieron volver, no sin antes dejar su firma en el lugar. Entonces el crecido Gregorio sacó del bolso el manuscrito. Ya se había encargado de borrar todos los archivos del computador. Sólo quedaba este que era el que le había entregado a su padre.

Allí comenzó la destrucción definitiva de su obra: de las enseñanzas del anciano, de los diálogos con los letrados, de sus conversaciones con su madre, con su amigo Gabriel, sus sueños y reflexiones. Lo iba rompiendo todo mientras lloraba, mientras iba viendo los títulos, los números de páginas, algunas frases sueltas. Hasta que rompió la última página, hasta que lloró la última lagrima de su infancia.

Tomó de nuevo su cacharro y recordó lo que más le gustaba a él y a su grupo: descender las más empinadas bajadas a toda velocidad. Había tres: la bajada Satánica, cerca del vagón, la bajada de la Locura, ahora inaccesible, y la bajada de la Muerte, la más fuerte de

todas. Puesto que no podía optar por bajada de la Locura, se dispuso entonces a hallar la Satánica. Dio vueltas de aquí para allá recordando los recorridos de su infancia, las travesuras y las riñas, pero esa la bajada no la encontró.

No tenía caso, debía descender la bajada de la Muerte, la peor de todas, la que nunca se atrevió bajar. Se trata de una calle muy empinada, sin curvas y muy larga, que termina abruptamente en un muro. Lo más difícil es pues girar en el momento preciso, de lo contrario... por eso llevaba ese nombre. A mitad de camino de subida no podía pedalear más, pero tampoco subir a pie, estaba agotado. “Ni modo”, pensó, “quizá deba descender desde aquí”. Pero justo en ese momento se detuvo una camioneta y el conductor dijo: “te llevo, agárrate fuerte” y así, tomado de un lateral de la camioneta, *ascendió asistido*. Soplabla una brisa moderada en la cima. No podía creer lo que estaba por hacer, pero lo haría.

Puso el pie en el pedal como un conquistador en el estribo y se empujó colina abajo. Sintió un vacío en el estómago. Al ir descendiendo presionaba los frenos que no respondían ante tanta fuerza. El cacharro trepidaba, como a punto de desarmarse y para Gregorio era como si le hicieran cosquillas, reía con una risa demencial y no pestañeaba en lo absoluto. Entonces allí, en el más intenso de los estados de alerta que podía experimentar, con los ojos bien abiertos, acariciado por el viento, temblando en su viejo corcel de lata, comenzó a hilar una extraña figura justo en el centro de su campo visual, donde tenía la vista fija. Como desde el fondo de un pozo, iba girando y componiéndose una flor a partir de figuras coloridas, con los colores de un arcoíris tenue. Así comenzó a percibir un mandala multicolor, opalescente, vibrante pero tenue, que se componía y recomponía, y él ya no estaba bajando ni subiendo, ni andando ni detenido, estaba contemplando esa figura arcana, mágica, ancestral, caleidoscópica, como un fractal vivo, ni orgánico ni geométrico, era la estructura de su

pensamiento, de la vida y la muerte, del universo entero, del infinito reconstituyéndose a sí mismo, una puerta de luz, una ventana cristalina hacia adentro, al más allá, tan real como sus propias manos, tan fantástica como la inmensidad del cielo, como sus ideas, sus palabras, sus deseos. Iba recto, rumbo a estrellarse contra el muro, porque la bajada se detenía abruptamente y sólo se podía salir de ella cruzando, pero él seguía acelerando, pedaleando hacia el rostro del aljibe cósmico, esa orquídea fantasmal que lo cautivaba con su irrealidad, con su incuestionable presencia, con su iridiscencia heroica y cautivante. Allí está delante de sí, todo el universo, inaccesible para el mundo, desdoblándose a sí mismo. Extendió sus brazos como si fuesen alas. Ya faltaban pocos metros para el impacto y el trance no parecía acabar, porque ya no había tiempo ni espacio, él era ese mandala multicolor, esa puerta de luz. Estaba ahí, frente a él mismo, vibrante, el universo entero, pero también la muerte lo esperaba: su cráneo iba a estallar contra la pared como un melón, si no giraba ahora.

En el tránsito entre la vida y la muerte, en la eternidad del instante, Gregorio lo aceptó. Luego de la descomposición, de la destrucción de su obra, de sí mismo, del olvido de sí y el abandono del resto, así asintió Gregorio, con un “sí” rotundo, a la vida: *un sí que conmovió al universo*. Giró con fuerza el volante y casi perdió el control, pero viró y siguió por la calle el Cují, por la calle de su infancia y estaba eufórico, comenzó a carcajear al sentir que perdía velocidad en *la última felicidad de la infancia*.

Los crepúsculos expulsaban la tarde. Despidiéndose por fin de su barrio, Gregorio se encontró con Gabriel, que todavía vivía por esos lares.

–Goyo, ¡qué onda! ¿Qué haces por aquí?

–Despidiéndome de alguien.

–Ah..., –mirando la bicicleta agregó– ¡Esa chatarra todavía existe! Ten cuidado... – empezaba a intrigarse por el semblante de su amigo. Así le preguntó:

–¿Pasa algo?

–Está por dejar de pasar...

–¿Qué te hiciste? –Indagó mirándole el pelo atento a un cambio de *look*. Pero se dijo a sí mismo: “Debe ser una chica”.

–¿Cómo va la guitarra?

–Bien, pásate por la casa y te muestro algunas cosas nuevas.

–Tenlo por seguro.

Se despidieron. Gabriel, a media caminata de vuelta a casa, se sobresalta asombrado al concluir: “era la misma cara que tenía la loca, la mirada iluminada de Sofía en el psiquiátrico...”

EPÍLOGO

Gabriel, el músico, tuvo una hija que un día le dijo que quería ser escritora. Recordó éste a su amigo de la infancia, Gregorio, que había querido ser escritor, pero que terminó por estudiar en la universidad derecho y comunicación social y ahora trabajaba para una editorial o algo así. Yo soy esa joven, Ana, la hija del músico Gabriel. Gregorio me contó su historia en un café cerca de X. Hasta hoy día, ha sido la experiencia más alucinante de toda mi vida. Nos tomamos unos 10 cafés cada uno y yo prácticamente no hablé por las primeras tres horas. Fue como un verdadero curso milagroso de “reciba la salvación en un día”. ¡Todo un intensivo! Don Gregorio parecía un náufrago moribundo que al ser rescatado confiesa un secreto o también como un niño que se despierta al amanecer y narra en trance su visita al mundo de los sueños. Al comienzo me resultaba chistoso y no podía disimular

la risa. Él lo notaba y me decía con sus ojos, como por telepatía, que lo sentía, pero no podía parar. Cuando comenzó una segunda etapa de conversación en la que precisaba los detalles de sus reflexiones y no sólo de su historia, él tenía respuestas para todo, pero sentía que no tenía tiempo suficiente y hacía un esfuerzo por mantener el curso del pensamiento siempre en la más perfecta claridad y fluidez eficiente. Realmente puedo decir que hablaba como si estuviese leyendo lo que decía, era como hablar con un libro exquisitamente escrito, pero con más que sobrada oscuridad. Tomé todas sus ideas y decidí escribir su historia. Varias veces repitió:

–Es el karma, debo purgar del mundo lo que Raúl, Alejandro, mi padre y los demás me hicieron. Ellos me tendieron una trampa para que terminara como terminé: trabajando para una empresa respetable, con una jornada completa de nueve horas diarias más las horas extras que no me pagan, además del tiempo que me toma desplazarme y los días en la oficina se me

pasan lento, navegando aburrido con el internet bloqueado, odiando a mi jefe, con dolor de espalda y carente de sueños...

Nunca volví a tener una conversación como esa en mi vida. Cuando pienso que él debió tener todas esas conversaciones con Esdras que duraron mucho más de lo que he escrito aquí, no puedo sino sentir pena por lo pobre que ha sido mi vida al carecer de un verdadero interlocutor. Sólo ese día no me sentí sola, ese día que tuve la dicha y también la tristeza de conocerlo y me narró toda su historia, porque nunca más me quiso ver, seguro que por vergüenza.

Qué diferente serían nuestras vidas si pudiéramos entender el Mensaje, si pudiéramos amar conversándonos sin sentir vergüenza. Si pudiéramos hacernos crecer los unos a los otros más allá de las palabras, si valoráramos lo que callamos. Conversando con él, al escucharlo y verlo escuchándome, con su mirada profunda y sincera, sentí lo que él decía que sentía cuando leía un buen libro: *sentí un hermoso dolor, una*

herida. ¡Lo que daría por entrar al vagón de la muerte para recuperar sus palabras! Pero se perdieron allí, en medio de toda la porquería de la civilización. Ahora soy yo a la que le toca entregar el mensaje. Le pido disculpas al lector por mis pobres y maltrechos recursos. Estas fueron las palabras de Gregorio antes de despedirse:

–Sigue tu corazón, Anita, no te detengas, alimenta tu espíritu con palabras e ideas y vuela alto en tus aspiraciones, no dejes de escribir nunca, porque cada palabra que salga de tu corazón es un milagro, es la más bellas de las flores que las personas podamos coronar. Serán únicas, serán tuyas y de la humanidad y si no quieres o no puedes escribir más, guárdalas, protégelas como algo sagrado que te fue encomendado cuidar, porque cuando el autor escribe, el espíritu se manifiesta y su obra es sagrada. Aunque te digan que no es bueno lo que haces, que está mal, no lo destruyas, porque habrá mentes que sabrán entenderlo, su valor brillará más allá. Y si nadie lo quiere leer, entonces bien

por la obra, porque *una obra que nunca fue leída es como un niño durmiendo en su ataúd, va directo al cielo.*

Nunca he podido borrar ese Mensaje, esas mágicas palabras de aliento, ni la historia que me contó ese día de cómo soñaba con escribir. Yo misma he logrado escribir estas páginas porque conocí a un mensajero, un verdadero autor que me mostró el camino: Gregorio, el escritor.

FIN

Dedicado a la memoria de Ezra Heymann